

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL CIANURO ES MUY INDIGESTIVO

Clark Carrados



Mientras se preguntaba qué había hecho para merecer la invitación a pasar el fin de semana en la mansión del poderoso Jermyn Rainer van Clyschen, Ben Potter dio la vuelta al camino que se detenía frente a la casa y paró el coche. Casi en el acto, un estirado mayordomo salió a su encuentro.

—Soy el señor Potter —dijo el recién llegado.

—Mi nombre es Jenkins, señor —manifestó el mayordomo—. Si me permite su equipaje...

—Por supuesto.

Potter entregó un pequeño maletín a Jenkins. Para dos días, no necesitaba demasiado equipaje. Van Clyschen le había advertido que no era amigo de ceremonias y no tendría que vestirse de etiqueta para las cenas.



Clark Carrados

El cianuro es muy indigesto

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1449

ePub r1.0

Lds 14.12.18

Título original: *El cianuro es muy indigesto*

Clark Carrados, 1978

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Mientras se preguntaba qué había hecho para merecer la invitación a pasar el fin de semana en la mansión del poderoso Jermyn Rainer van Clyschen, Ben Potter dio la vuelta al camino que se detenía frente a la casa y paró el coche. Casi en el acto, un estirado mayordomo salió a su encuentro.

—Soy el señor Potter —dijo el recién llegado.

—Mi nombre es Jenkins, señor —manifestó el mayordomo—. Si me permite su equipaje...

—Por supuesto.

Potter entregó un pequeño maletín a Jenkins. Para dos días, no necesitaba demasiado equipaje. Van Clyschen le había advertido que no era amigo de ceremonias y no tendría que vestirse de etiqueta para las cenas.

Ropas corrientes, amigo mío; me gusta que mis invitados se sientan cómodos y, mientras no vayan desnudos por ahí, pueden vestir como mejor les agrade.

En vista de lo cual, Potter se había echado a la maleta un par de mudas, el pijama, el cepillo de dientes, la máquina de afeitar y un polo y un par de pantalones cortos, así como unas zapatillas camperas, por si el tiempo mejoraba lo suficiente para vestir de forma tan liviana. Por el momento, sin embargo, el cielo estaba muy encapotado y amenazaba lluvia.

Afortunadamente, lo más crudo del invierno había pasado ya, por lo que el riesgo de una nevada era nulo, siguiendo a Jenkins, Potter penetró en el monumental vestíbulo, del que arrancaba una escalera en espiral, por la que se accedía a los pisos superiores de la residencia.

Una encantadora doncella, de pelo negro muy corto y ojos

verdes apareció casi en el acto. Potter procuró mantener cierta inexpresividad de sus facciones; aquella chica poseía realmente un cuerpo sensacional, aparte de singular atractivo.

—Dolly, acompañe al señor Potter a su habitación —dijo el mayordomo—. La cena es a las seis y media, señor Potter —indicó.

—Gracias, Jenkins.

Más tarde, Potter bajó al salón, en donde había tres personas, una mujer y dos hombres, conversando apaciblemente. Uno de ellos se presentó bajo el nombre de Irving Macomber. Los otros dos eran el señor y la señora Rosenthal, de Pittsburgh. Potter saludó cordialmente a los tres y conversó con ellos de modo intrascendente, mientras tomaban el aperitivo que les había servido el mayordomo.

A la cena asistieron solamente los cuatro y fue servida por el ama de llaves, señora Orville, una guapa mujer de unos treinta y dos años, lo que no obstaba para que mantuviera todo el tiempo una severidad acorde con el cargo que ostentaba en la casa. Potter se sintió extrañado de que su anfitrión no estuviera presente, pero tenía noticias de que era un tanto excéntrico y, pensó, no había llegado todavía. Sin embargo, habría dado instrucciones a la servidumbre para atender a los huéspedes. Van Clyschen tenía grandes negocios y era muy posible que algún asunto urgente le hubiese retrasado.

Después de la cena, hubo un rato de charla en otro salón, mientras el impasible Jenkins servía el café y los licores. Potter se dio cuenta a poco de que tanto los señores Rosenthal como Macomber no le hacían demasiado caso y, sintiéndose un tanto incómodo, decidió retirarse a su habitación.

Mientras, los Rosenthal y Macomber continuaban su charla. Al cabo de unos minutos, Macomber quiso servirse un poco más de café y encontró vacía la cafetera.

—Oh, no se preocupe, amigo mío —dijo Rosenthal—. Ahora mismo llamaré al mayordomo para que nos traiga más café.

Rosenthal se levantó, fue hacia la pared y tiró de un cordón. El mayordomo apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Jenkins, más café, por favor.

—Al instante, señor.

Rosenthal volvió a su sitio. Macomber emitió un gruñido.

—Ted, no se olvide de lo nuestro —dijo.

—Tendrá su dinero mañana por la mañana, sin falta —prometió la señora Rosenthal.

Macomber miró a la mujer. Tenía unos treinta y cinco años y ya se advertían los efectos de su lucha contra la grasa, pero aún estaba lo suficientemente apetitosa para un par de buenos revolcones, pensó.

Dina Rosenthal le miró sonriendo maliciosamente. Macomber empezó a especular con la posibilidad de solicitar una entrevista a solas con la dama. Todavía era lo suficientemente joven como para que no se hubiesen mitigado en él ciertos ardores varoniles.

Jenkins llegó a poco con una cafetera. Dina en persona llenó la taza de Macomber, inclinándose mucho, a fin de ponerle delante de las narices su todavía muy atractivo escote.

—Creo recordar que toma el café con un terrón —dijo ella.

—Pues, sí... En efecto, un terrón...

Dina tomó las pinzas, pero se le escaparon de pronto y cayeron al suelo. Macomber, galante, fue a recogerlas, aunque ella resultó más rápida y se inclinó casi en ángulo recto. Ahora, Macomber tenía el redondo trasero de la dama a menos de dos palmos de su nariz y casi se congestionó al concebir tórridas ideas de sucesos eróticos, en los que Dina Rosenthal tenía parte muy preponderante.

Luego, ella se irguió y puso el terrón de azúcar en la taza de Macomber. «Según cómo se porte esta fulana, les haría una rebajita en la deuda», se dijo, mientras removía el café de la taza con la cucharilla.

Unos segundos después, Macomber ingería el café de dos tragos. Al terminar, hizo una mueca.

—Está muy amargo —observó.

—¿De veras? —dijo el señor Rosenthal.

Macomber soltó una risita.

—Si no confiara en ustedes, diría que me han puesto cianuro en el café —exclamó.

Dina soltó una risita.

—El cianuro es muy indigesto, querido amigo —dijo irónicamente.

—Sí, pero...

Macomber se interrumpió de pronto, al sufrir una terrible convulsión. Su cuerpo resultó lanzado hacia atrás, aunque contenido por el respaldo de la butaca, y sus piernas se estiraron con fuertes espasmos.

Entonces fue cuando percibió el olor a almendras amargas.

—El café... tenía... cianuro... —tartajeó.

—Sí y, como dice mi esposa, es muy indigesto —confirmó Rosenthal fríamente.

Macomber miró a la pareja con ojos ya turbios. Al cabo de unos segundos, dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.

Dina Rosenthal lanzó un fuerte suspiro. —Asunto resuelto— exclamó.

* * *

Tendido en la cama, pero aún vestido, Ben Potter entretenía la falta de sueño con la lectura de una novela policíaca. De pronto, oyó el ruido de un automóvil.

Curioso, se levantó y caminó hacia la ventana. Dolly, la bonita doncella, salía de la casa con una maleta en las manos. Jenkins, el mayordomo, la aguardaba junto al coche, que arrancó a los pocos instantes.

Potter se preguntó qué le habría pasado a la chica, para verse obligada a abandonar la mansión a las nueve de la noche. Quizá algún familiar enfermo... se dijo, mientras volvía a la cama para reanudar la lectura.

A las diez de la noche, continuaba un tanto desvelado. Pensó que lo mejor sería tomarse un trago, pero no había una sola botella en el dormitorio. En vista de ello, se puso los zapatos y tomó la ruta de la planta baja.

Cuando llegaba al vestíbulo, vio a dos hombres que llevaban en brazos a un tercero, que tenía los ojos cerrados y cuyos brazos se balanceaban con el movimiento de la marcha.

—¡Caramba! —exclamó Potter—. ¿Le ha pasado algo al señor Macomber?

Rosenthal soltó una risita.

—Se le fue la mano con el *whisky* —respondió.

Potter aspiró el aire.

—Sí, seguro —contestó sonriendo—. Yo también busco un poco de *whisky*, para un trago, claro.

—En la biblioteca tiene, señor —indicó Jenkins, que era el otro hombre.

—Muchas gracias. ¿Necesitan ayuda? —se ofreció Potter cortésmente.

—No, no es necesario —contestó Rosenthal.

—Bien, en tal caso, buenas noches.

Potter fue a la biblioteca y se sentó un rato, con una copa al alcance de la mano y un libro que había elegido de una de las estanterías y cuyo título le había atraído singularmente. Pero media hora más tarde, hubo de reconocer que el contenido del libro no estaba de acuerdo con el título, y como ahora ya sentía sueño de veras, se levantó y se fue a la cama.

Esta vez sí que durmió sin dificultades. De un tirón, toda la noche, hasta que el primer rayo de sol, en un cielo despejado a causa del cambio de tiempo, llegó hasta su cama.

Potter bostezó primero y luego estiró los brazos. Después fue al baño e inició el aseo, que completó con el rasurado. Al terminar, descendió a la planta baja.

Tenía apetito y entró en el comedor. Buscó el cordón de llamada y tiró un par de veces. Transcurrieron cinco minutos. Extrañado, Potter repitió la llamada. Pero nadie acudió.

Potter empezó a preocuparse. En la casa remaba un silencio total, que se le antojó opresivo. Abandonó el comedor y fue en busca de la cocina, que encontró después de un par de tanteos con sendas puertas.

Al entrar en la cocina, se quedó de piedra.

Los fuegos se veían apagados y no había nadie en aquel lugar. Potter empezó a sentirse nervioso.

Corrió al vestíbulo y examinó sucesivamente la biblioteca y el salón íntimo. Tampoco había nadie.

—Pero ¿qué diablos pasa aquí? ¿Dónde se ha metido la gente? —exclamó.

Subió al primer piso. Todas las habitaciones estaban vacías y en completo orden, salvo la suya. En el segundo piso y en el ático sucedía lo mismo.

La conclusión a que llegó instantes después, resultaba inevitable:

era el único habitante de la casa.

Se preguntó si no se trataba de alguna broma de Van Clyschen, pero no había oído el menor comentario al respecto sobre el potentado. Al menos, se dijo, no iba a gastarle una broma pesada a él, a un hombre que no conocía personalmente y a quien había invitado por medio de una carta.

¿O tal vez la invitación era una broma?

¿De quién? ¿Había alguien interesado en aquella tomadura de pelo?

De pronto, creyó oír ruido en la planta baja. Sí, alguien había entrado en la casa.

Corrió desalado escaleras abajo. Un hombre de mediana edad, vestido con un chaquetón, pantalones y recias botas, le miró con extrañeza.

—¿Qué hace aquí, amigo? —preguntó el individuo en tono nada amistoso—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en esta casa?

—¿Acaso tiene usted ese permiso? —respondió Potter en tono de pocos amigos.

—Me llamo Rocky Davis y soy el que se encarga de cuidar la residencia de los señores Ayres durante sus ausencias —manifestó el recién llegado—. Suelo venir aquí una vez por semana y... Pero todavía no me ha dicho su nombre, amigo.

Potter se pasó una mano por la frente.

—Creo que ha sucedido algo muy extraño y no estoy en condiciones de explicarlo satisfactoriamente. —Manifestó—. Me llamo Potter y fui invitado a pasar el fin de semana por el señor Van Clyschen.

—Pero, hombre de Dios, la residencia de Van Clyschen está a una milla y media hacia el Oeste. ¿Cómo ha podido confundirse?

—Es la primera vez que vengo por aquí...

Davis le miró recelosamente.

—Tengo la sensación de que ha dormido en la casa —dijo.

—Sí, es cierto.

—Entonces, ¿por qué diablos no advirtió que estaba vacía a su llegada?

—¿Vacía? Me recibió un mayordomo, había una doncella, un ama de llaves, invitados...

De pronto, Potter se dio cuenta de que en ningún momento

había preguntado por Van Clyschen ni nadie de los que estaban en la casa había mencionado aquel nombre.

—Mayordomo, invitados... —dijo Davis despectivamente—. Creo que usted llegó anoche con una buena «curda» y lo ha soñado. Hace lo menos seis meses que los señores Ayres no vienen por aquí. Ni siquiera el hijo mayor, que es un golfo, acude con alguna de sus queridas. Y va a hacerme creer...

—No le pido que me crea o no, señor Davis —cortó el joven con sequedad—. Por más inverosímil que le parezca, he dicho la verdad. Y si es necesario abonar algo, por los posibles desperfectos que haya podido ocasionar, lo haré muy gustoso.

Davis le miró de hito en hito durante unos segundos. Luego dijo:

—Si no se ha llevado nada...

—No soy un ladrón —dijo Potter con acento ofendido.

—Entonces, admitiré la confusión y le pediré que se vaya inmediatamente.

—Por supuesto.

—Si piensa ir a la residencia Van Clyschen, retroceda por el camino y tome el que va hacia el Oeste, a media milla de distancia. Esta vez no se perderá.

—Gracias, señor Davis.

Minutos más tarde, cuando salía con la maleta en la mano, respiró con alivio. Su coche estaba en el mismo sitio en que lo había dejado la víspera. «Ellos», quienesquiera que fuesen los autores de la comedia desempeñada la noche anterior, se habían portado comedidamente con él. Pero, en su fuero interno, no tenía la menor idea de los motivos que habían impulsado a unos cuantos hombres y mujeres a hacer una cosa semejante.

Aquellos pensamientos se alejaron de su cerebro poco más tarde, al entrevistarse con Van Clyschen, a quien puso un pretexto cualquiera para justificar su retraso. Después de la entrevista, Potter empezó a ver su porvenir con agradables perspectivas. Van Clyschen, apreció, podía ser una fiera para los negocios según decían, pero también sabía elegir a sus colaboradores y recompensarlos adecuadamente.

A pesar de todo, le resultó muy difícil apartar de su mente la imagen de la hermosa Dolly. ¿No volveré a verla nunca más?, se preguntó.

CAPÍTULO II

Aquel día, preocupado por una gestión un tanto difícil que le había sido encomendada, Dan Potter regresó a su casa, fatigado y con el vivo deseo de tomar un baño relajante y encontrarse así en su mejor forma para encontrar la solución al problema que tan duro se le antojaba. Apenas estuvo en el apartamento, fue al baño, abrió los grifos y empezó a desnudarse, con un cigarro entre los dientes y un *whisky* con hielo al alcance de su mano.

Media hora después, se creyó Arquímedes y lanzó un «Eureka» estentóreo. Entonces, oyó un vivo taconeo y alguien se precipitó en el baño.

—¿Qué hace usted en mi casa? —preguntó la mujer.

Potter abrió la boca de tal forma, que el cigarro se escurrió de sus dientes y cayó al agua de la bañera.

—¡Dolly! —gritó.

—Sí, Dolly Brown... Pero está en mi casa y yo le conozco a usted.

—Soy Ben Potter... ¿Qué estoy en su casa? —exclamó el joven atónito—. Pero si éste es mi apartamento...

—¿Está seguro?

Potter miró a su alrededor. El cuarto de baño era idéntico, pero muchos de los objetos de tocador, así como los frascos de perfume y lociones no eran los suyos.

—Por todos los... Me he confundido —dijo al darse cuenta de su error—. Ahora mismo me vestiré...

—Espere a que salga —dijo la chica—. No estoy acostumbrada a ver a los hombres salir de la bañera.

Dolly se alejó y Potter, lleno de perplejidad, empezó a secarse. Un cuarto de hora más tarde, vestido de nuevo, aparecía en la sala

donde ella le aguardaba.

—Lo siento infinito y me gustaría muchísimo que no me creyera usted un tipo raro —manifestó—. Simplemente, no comprendo cómo he podido confundirme, aunque buena parte de todo lo tiene la culpa de la construcción de apartamentos en serie, tan parecidos entre sí como las lentejas de un plato. Pero la puerta no estaba cerrada con llave...

—Había salido un instante y debí de olvidarme de cerrar —contestó Dolly—. Sin embargo, hay detalles que debieron advertirle de su error.

—Tal vez, si no hubiese estado tan preocupado con mis asuntos. Cuando uno piensa en una cosa, completamente concentrado en ella, está ciego para todo cuanto le rodea. Créame, me metí en la bañera de una forma absolutamente maquinal, sin reparar en nada que no fuese el ansia de descansar de un día completamente ajetreado.

Dolly le miró con cierta simpatía.

—Trabajar con exceso no es bueno, señor Potter; conduce al infarto —dijo.

—Sí, pero, a veces, no hay otro remedio. De modo que usted también vive en este edificio.

—Desde hace algunas semanas. Y es lo suficientemente grande como para que no nos hayamos visto hasta ahora.

—Cosa que siento infinito, porque, desde hace cuatro meses, no hacía más que preguntarme qué habría sido de aquella hermosa doncella que me atendió en cierta residencia situada en el noroeste del estado.

Dolly abrió la boca.

—¡Claro, ahora recuerdo! Usted era el invitado del señor Rosenthal.

—Mi sino es equivocarme de casa —sonrió Potter—. Yo estaba invitado a la residencia de los Van Clyschen y confundí la ruta. Como allí nadie me dijo que la casa no perteneciese al señor Van Clyschen, yo pensé que éste y su esposa llegarían más tarde. Los ricos, ya se sabe, a veces son un poco extravagantes... y el que trabaja para ellos, o espera trabajar, debe disculpar sus rarezas.

—Bueno, pero si usted no era invitado del señor Rosenthal, ¿por qué éste le aceptó como huésped?

—¿Qué sé yo? —contestó el joven—. De todas formas, lo extraño no fue que me aceptaran como huésped, sin hacerme preguntas, sino lo que ocurrió durante la noche. Por cierto, usted se marchó con el mayordomo...

—No, me habían despedido y Jenkin me acompañó hasta la estación del ferrocarril. Aquella gente era un poco rara —declaró la chica—. Apenas llevaba cuarenta y ocho horas, y ya me habían despedido. Rosenthal puso como excusa los celos de su mujer, me pagó dos semanas, a sesenta dólares... y no tuve otro remedio que marcharme de Los Alerces.

—Ah, esa posesión se llama así.

—Efectivamente. Yo había llegado el miércoles por la tarde, y el viernes, después de la cena, ya estaba camino del tren. Pero ¿qué es lo que sucedió después? Aún no me lo ha dicho, señor Potter.

—Bueno, yo me fui a dormir... y a la mañana siguiente, me desperté en una cama completamente abandonada.

—¿Cómo?

—Lo que oye. Allí no estaban ya ni los Rosenthal, ni Macomber, el otro invitado, ni el ama de llaves, ni la cocinera, si la había...

—La señora Orville era la propia cocinera —dijo Dolly.

—Bueno, el caso es que yo me quedé como único habitante. Al poco rato, llegó un tal Davis, quien aseguró ser el que se cuidaba de la posesión por encargo de sus dueños, los Ayres, y que éstos llevaban más de seis meses sin aparecer por allí. Lo cual me hizo saber que la casa no pertenecía a los Van Clyschen, como yo había supuesto en un principio. —Entonces, tampoco era de Rosenthal.

—No.

—Le aseguro que no entiendo nada de esto. Si lo que me dice es cierto, y no hay motivos para dudar de su palabra, en principio, ¿por qué desempeñó Rosenthal la comedia de hacerse pasar por el dueño de una casa que no le pertenecía?

Potter se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea, señorita Brown. —Miró a la chica y sonrió—. Después de marcharse y aparte de mi trabajo, prácticamente solo me preocupaba usted.

—¿Yo? —se asombró Dolly.

—Sí. Me preguntaba si volvería a verla algún día...

—Vamos, señor Potter, no empiece ahora a dárselas de

conquistador. Si no le importa, me gustaría quedarme sola. También a mí me gusta usar la bañera.

—Claro, dispénseme...

Potter se encaminó hacia la puerta. Cuando ya se disponía a abrir, Dolly le hizo una observación:

—Señor Potter, antes le oí gritar «Eureka», como Arquímedes.

—Ah, conoce la historia.

—Por lo menos, esa anécdota. ¿Acaso ha encontrado usted la solución a algún grave problema?

—Pues sí, y me ha tenido preocupado todo el día, pero, de repente, hallé esa solución, como si alguien hubiese encendido una luz en un cuarto oscuro.

—Si eso le va a proporcionar algún beneficio, le felicito.

—Gracias, señorita Brown. ¿Podré verla...?

Dolly humanizó un poco su gesto.

—Vivo en el mismo edificio —contestó, sin comprometerse demasiado.

—Lo tendré en cuenta —se despidió él.

Salió al pasillo, caminó unos cuantos pasos y abrió la tercera puerta, a contar desde la del apartamento de Dolly. Atravesó el umbral y se detuvo en seco al ver a una pareja en el diván, completamente desnuda y él encima de ella.

La mujer le vio y lanzó un chillido estridente:

—¡Mi marido!

El hombre «desmontó» en el acto, se precipitó hacia sus ropas, que yacían abandonadas en un sillón y, sin vestirse siquiera, salió al pasillo, con la velocidad de un campeón pedestre. A los pocos segundos, se oyeron los gritos de un par de mujeres, ofendidas y enojadas por el inesperado destape que realizaba el aterrado fugitivo.

Mientras, la mujer se había sentado en el diván y contemplaba a Potter con ojos coléricos.

—Usted no es mi marido —barbotó.

—Fue usted quien lo dijo, no yo. Y está en un apartamento que... no... le... pertenece...

La voz de Potter se hizo progresivamente débil. Empezaba a sospechar la verdad.

Retrocedió un par de pasos. Miró la puerta. El número

C-7

figuraba con letras doradas de diez centímetros.

—Maldición, otra vez me he confundido —dijo—. Mi apartamento es el

C-8.

—¡Cochino, hijo de puta! —gritó la mujer—. Me ha estropeado la velada.

Potter la miró de muy mal talante.

—Otra vez, señora, cuando quiera ponerle los cuernos a su marido, dé dos vueltas a la llave —se despidió con un tremendo portazo que hizo retemblar las paredes.

Luego buscó la escalera y subió al siguiente piso.

Esta vez no hubo errores, acertó y pudo alcanzar su propio apartamento sin más inconvenientes.

* * *

Jermyn Rainer van Clyschen leyó los documentos que Potter le había entregado y asintió finalmente con una sonrisa de aprobación.

—Todo eso está muy bien, señor Potter —dijo—. Si sigue así, llegará muy lejos, se lo vaticino. Soy duro y exijo mucho de mis empleados, pero el que trabaja como es debido, no tiene que quejarse jamás de mi generosidad. Y se lo probaré, con una recompensa de dos mil quinientos dólares extra y un aumento de doscientos semanales. ¿Le parece bien? —Agradezco el gesto, pero ya tenía un buen sueldo...

—¡Tonterías! Un buen sueldo no paga a veces el trabajo de un hombre competente, señor Potter. Tendrá todo lo que le he dicho y... A propósito, quiero encomendarle otro trabajo.

—Sí, señor, lo que usted diga —contestó el joven, sumamente contento por las buenas noticias que acababa de escuchar. Eso le permitiría, pensó, tantear una invitación a Dolly para cenar aquella misma noche.

—Hay un tipo que me interesa bastante y del que no tengo noticias desde hace algunos meses. Quizá consiga usted algunos detalles del teniente Sinclair, buen amigo mío. Vaya a verle de mi parte y pídale datos de Irving Macomber. Ese despreciable sujeto me debe más de cien mil dólares... Realmente, no es una suma qué

vaya a llevarme a la ruina, pero no tolero el engaño, ¿comprende usted?

—Sí, señor... Perdón, ¿ha dicho Macomber?

—Exactamente, ése es el nombre que he pronunciado —confirmó Van Clyschen.

—Es curioso —murmuró Potter—. Yo conocí a Irving Macomber hace unos cuatro meses... Es más, le vi completamente borracho, llevado en brazos por un tal señor Rosenthal y su mayordomo...

—¿Macomber borracho? —Respingó Van Clyschen—. Pero ¡si detesta el alcohol!

—Quizá se proclame abstemio delante de ciertas personas, pero le aseguro que lo vi completamente inconsciente, a consecuencia de una enorme borrachera. Olía espantosamente a *whisky*, señor —insistió Potter.

Los dedos de Van Clyschen tabalearon sobre la mesa.

—A ver, cuénteme lo que sepa, muchacho —pidió.

Potter habló durante unos minutos. Al terminar, Van Clyschen meneó la cabeza.

—Conozco a los Ayres, aunque el trato no es muy frecuente —manifestó—. Es probable que Macomber fuese objeto de alguna estafa... De todos modos, hable con el teniente Sinclair. Ah, y dígame todo lo que haya averiguado el próximo viernes. Me gustaría que viniese a pasar el fin de semana y... —El financiero sonrió— esta vez, no se equivoque de ruta.

—No me equivocaré, señor —prometió Potter, sonrojándose.

—Por supuesto, si tiene alguna amistad, puede llevarla consigo. Femenina, claro —añadió Van Clyschen, a la vez que guiñaba un ojo a su interlocutor.

—Gracias, señor. Quizá lleve compañía..., si ella acepta.

—Aceptará, se lo aseguro.

Aquella misma tarde, Potter habló con el teniente Sinclair, quien le manifestó que hacía cuatro meses que no tenía la menor noticia de Irving Macomber, un estafador de altos vuelos, al que muy raramente se le podía pillar en falta. La señora Macomber había denunciado su ausencia y el asunto había pasado a Personas Desaparecidas, pero eso era todo lo que podía decirle. Sinclair manifestó asimismo no tener la menor idea de quiénes pudieran ser los Rosenthal, ni tampoco conocía a una señora Orville ni a Jenkins.

—Esta vez, el trasquilado fue Macomber —dijo al finalizar.

—Y se habrá marchado del país, al no poder cancelar la deuda con el señor Van Clyschen.

—Es posible. Tal vez haya juzgado conveniente un cambio de aires... Macomber era un tipo muy cultivado y conocía perfectamente media docena de idiomas. Andará por Europa, con una falsa identidad, estafando a diestro y siniestro... De todos modos, enviaré sus datos y huellas dactilares a la Interpol, para ver qué conseguimos. Y si tiene la bondad de facilitarme la descripción de los otros sujetos...

—Con mucho gusto, teniente.

A las seis de la tarde, Potter, armado con un monumental ramo de rosas rojas, llamaba a la puerta del apartamento de Dolly. La chica abrió a los pocos momentos.

—Hoy he recibido buenas noticias, como consecuencia del «Eureka» que usted oyó hace dos días, y he pensado que me gustaría celebrar el éxito, pero no solo. Si no lo entiende, lo diré más claro: ¿Quiere cenar conmigo, señorita Brown?

Los ojos de Dolly chispearon.

—Tiene usted cara de buen chico —contestó—. Venga a buscarme dentro de treinta minutos, señor Potter. El ramo de flores cambió de manos.

—Ben, por favor —dijo él.

—¿Ben, de Benjamín?

—No. Fue un capricho de mi abuelo. Ben, de Bentworp.

—Sí, hay gente caprichosa, Ben —admitió ella con su más encantadora sonrisa.

CAPÍTULO III

—He oído hablar mucho de esas fiestas que dan los ricos y que acaban en desenfrenadas orgías —dijo Dolly, cuando ya estaban terminando de cenar y él le había propuesto acompañarle a pasar el fin de semana en la residencia de los Van Clyschen.

—Ciertamente, se dan muchos casos..., pero por lo que yo sé y tengo cierta experiencia, en la residencia de mi jefe hay cierta seriedad, al menos en este aspecto. La libertad de comportamiento e indumentaria es absoluta, mientras no se hiera a los otros invitados. Por tanto, no debe temer cenas con final de borrachera y chicas desnudas lanzadas a la piscina.

—No soy una puritana, pero tampoco lo toleraría. De todos modos, déjeme pensarlo, Ben.

—Hasta el viernes a mediodía —sonrió él.

—De acuerdo.

—Dolly, hay algo que no me he atrevido a mencionarle hasta ahora... Si no le gusta, dígalo, por favor.

—¿De qué se trata?

—Usted fue contratada como doncella en Los Alerces...

—Bien, en aquellos momentos no tenía trabajo y me pareció un empleo interesante y bien pagado.

—Ya entiendo. ¿La contrató el propio Rosenthal?

—Sí. Fui a verle a una dirección de esta ciudad, me examinó, charlamos un poco y me entregó un anticipo para el viaje, indicándome la fecha y el tren que debía tomar, para que Jenkins me recibiera en la estación de Grands Hills. Una vez en Los Alarces, me entregaron el uniforme y empecé a trabajar, eso es todo.

—¿No se extrañó de que no hubiese cocinera?

—La señora Orville dijo que habían contratado una, pero que no

había llegado aún. Ben, dígame, ¿por qué le interesa tanto este asunto? —preguntó ella, sumamente intrigada.

—Verá, sospecho que todo fue una comedia destinada a estafar a Macomber quien, a su vez, es un estafador de altos vuelos. Creo que los Rosenthal, Jenkins y el ama de llaves, componían una banda, que levantó el campo apenas conseguido su propósito.

—Vaya, me disgusta haber sido cómplice de un lío semejante —dijo Dolly.

—Cómplice involuntario —puntualizó él—. Y, además, ya ha pasado.

La joven sonrió.

—Por fortuna. Ahora tengo un empleo mucho mejor.

—¿De veras? Me alegro muchísimo, Dolly. ¿Qué hace?

Ella suspiró.

—Aporreo las teclas de una máquina de escribir durante ocho horas al día. Pero el sueldo es bueno y el empleo estable.

—La felicito, Dolly. ¿Ha cenado a gusto?

—Ha sido una velada muy agradable, señor «Eureka».

Los dos se echaron a reír. Potter fijó la vista en aquella hermosa muchacha y se dijo que era la mujer ideal para abandonar su cómoda soltería. Pero aún era pronto para insinuar nada en tal sentido.

Minutos más tarde, salían a la calle. Potter se dispuso a abrir la portezuela de su coche y entonces se quedó completamente inmóvil.

Dolly advirtió su gesto de extrañeza y miró en la misma dirección que el joven. En aquel momento, una hermosa mujer, de unos treinta y dos años, subía a un enorme coche negro, conducido por un chófer de aspecto impasible. Detrás de ella, subió un caballero, impecablemente vestido, de unos cincuenta años, con lentes de cerco de oro.

El automóvil negro arrancó de inmediato. Potter tuvo el instinto de fijarse en la matrícula y guardar las cifras en su memoria, casi fotográfica.

—Ben, es la señora Orville —exclamó la chica, muy excitada.

—Lo sé, pero ya no tenemos tiempo de perseguirla —respondió él, señalando hacia el cercano semáforo, que acababa de ponerse rojo, apenas había sido rebasado por el coche negro. Antes de que consiguiera arrancar, el vehículo en que viajaba la señora Orville

habría tenido tiempo suficiente para perderse de vista en el denso tráfico nocturno—. Pero quizá consigamos algo de ella, por mediación de su acompañante.

—No entiendo, Ben —dijo Dolly.

—Anotaré la matrícula del coche, antes de que se me olvide. Creo que alguien podrá indicarme el nombre de su propietario... y ése será el hilo que nos conducirá al ovillo.

¿Entendido?

—Habla usted como un detective —sonrió la chica.

—A veces, tengo que desempeñar ese papel —respondió Potter, después de guardar la libreta y el lápiz—. ¿Regresamos? —Sí, desde luego.

* * *

Los ojos de Wilbur Hillary Stockton contemplaron durante unos segundos los documentos que había sobre la mesa, ante la cual estaba sentado. Luego alzó la vista y contempló largamente a la mujer que permanecía indolentemente en pie, apoyada en parte en un sillón y con una larga boquilla negra en la mano derecha.

—De modo que todo fue un engaño —dijo.

La mujer sonrió.

—Es la vida, Wilbur —contestó. Se llevó la boquilla a los labios y aspiró el humo del cigarrillo, para expulsarlo a continuación con gesto lleno de displicencia—. Pero ahora tienes la seguridad de que no se descubrirá ese asunto, que tantos perjuicios podría haberte causado si se hubiese hecho público. Stockton respiró pesadamente.

—Has dicho un cuarto de millón.

—Ni un céntimo menos —exclamó de pronto un hombre que acababa de entrar en la sala, seguido de una mujer rubia, ostentosamente vestida—. Doscientos cincuenta mil dólares... y espero los haya traído consigo.

—A mis cincuenta años, me he portado como un chiquillo —murmuró Stockton. Tenía una cartera al pie de su silla, la alzó con una mano y la dejó sobre la mesa—. Cuenten el dinero, por favor.

—Cuéntalo tú, Jimmy —indicó la mujer de la boquilla.

De pronto, Stockton alzó una mano.

—Señor Barnes, voy a decirle una cosa... Se la diré a todos

ustedes, mejor dicho. Ahora, de momento, pago, pero, créanme, voy a gastarme gustoso otro cuarto de millón en conseguir que los desenmascaren y acaben todos en la cárcel para un puñado de años. Tengo influencias y lo conseguiré, ¡por Dios vivo que lo conseguiré! —exclamó Stockton, a la vez que daba un fuerte puñetazo en la mesa.

—Eso es algo que aún está por ver —dijo el hombre con cínica sonrisa—. De todos modos, cada uno es libre de hacer lo que guste... Ah, aquí está el buen Lewis, con una botella de champaña para celebrar el éxito de la operación. ¿Quiere usted una copa de champaña, señor Stockton? Francés, por supuesto.

—Pagado por mí —rezongó el aludido.

Barnes se echó a reír.

—Su sentido del humor es envidiable, amigo mío —exclamó—. Oiga, usted está cargado de millones. ¿Qué mella puede hacer esta suma en su fortuna? Para usted, doscientos cincuenta mil dólares es menos que para mí cincuenta centavos. Sea comprensivo y piense en su filantrópica actitud, al repartir con los desheredados parte de su capital. Es una buena obra, se lo aseguro.

Mientras tanto, el impasible criado llenaba las copas. Stockton maldijo un poco, pero luego volvió a fijar la vista en aquellos comprometedores documentos y acabó por llegar a la conclusión de que su tranquilidad bien valía la pena perder aquella suma.

Alargó la mano, tomó una de las copas y vació su contenido de un trago. Al terminar, hizo una mueca.

—¿Champaña francés? —dijo—. Sabe a cloaca...

—Es que tiene cianuro —dijo Barnes amablemente.

—Usted bromea —farfulló Stockton.

—No, en absoluto. Y le advierto que el cianuro es muy indigesto...

—Pobre hombre —dijo la señora Barnes segundos más tarde—. En la flor de la vida... ¿Dónde lo dejaremos, muchachos?

—Aquí mismo —contestó Barnes—. No podemos arriesgarnos a sacarlo de la casa, a las once de la mañana. Tenemos la ventaja de que ha venido conduciendo su propio coche y, por tanto, no hay chófer que lo aguarde. ¡Vamos, no podemos perder un solo minuto! Mientras Lewis y yo nos encargamos del cadáver, las mujeres podéis ocuparos de las huellas dactilares de la botella y de las copas.

¡Aprisa, aprisa...!

* * *

Según los informes que le había proporcionado el teniente Sinclair, el coche negro pertenecía a Wilbur H. Stockton, un prominente hombre de negocios, con el que Potter había intentado ponerse en contacto durante toda la mañana, sin conseguirlo. El señor Stockton no se hallaba en su oficina ni en su casa y Potter tuvo que resignarse a dejar la entrevista para mejor ocasión.

Mientras tanto, y puesto que tenía tiempo de sobra, decidió acudir a la casa en que Dolly había sido contratada por Rosenthal. El joven tenía la intención de hablar con el sujeto, si lo encontraba o, en caso contrario, entrar en la casa como fuera. Poco después del mediodía, se detenía ante el edificio señalado por la chica.

Inmediatamente, se fue al conserje, de quien recibió una respuesta negativa:

—Aquí no vive nadie llamado Rosenthal —dijo el hombre.

—Es el apartamento

F-11...

—Pertenece a los Barnes, pero han salido hace media hora, señor.

—¿Barnes? —se extrañó Potter.

—En efecto, señor. Es un matrimonio muy distinguido, con mayordomo y secretaria personal de la señora...

Potter empezó a pensar en la posibilidad de unos timadores que empleaban más de un nombre. Mayordomo, ahora secretaria personal, cuando antes fue ama de llaves...

De pronto, sacó un billete de cincuenta dólares.

—Los dos podemos ser muy discretos —dijo intencionadamente.

—Usted quiere que yo le preste la llave maestra —adivinó el conserje, a la vez que se apoderaba del billete.

—Admiro su perspicacia, amigo —rió Potter.

Momentos más tarde, entraba en el ascensor. La casa era lujosa, apreció, como debía ser la residencia de una cuadrilla de tipos que se dedicaban a estafar a la gente. Así habían conseguido impresionar a una chica sin trabajo y crédula, que había aceptado un empleo como doncella, sin saber que sólo le iba a durar cuarenta

y ocho horas.

Abrió la puerta del apartamento, que encontró completamente en orden, aunque no faltaban algunas señales de un abandono que parecía precipitado. Un paquete de cigarrillos a medio consumir, un par de ceniceros con algunas colillas... En cambio no vio ningún vaso o copa con señales de haber sido utilizados recientemente.

En la cocina, sin embargo, encontró una botella de champaña vacía, ya en el cubo de la basura, en el que también estaban los restos de cinco copas que habían sido rotas deliberadamente, según parecía. Podía ser el resultado de alguna orgía..., pero en el resto de la casa había demasiado orden para pensar en tal cosa.

Entró en un despacho y vio encima de la mesa una cartera de ejecutivo, de piel muy costosa. En uno de los ángulos se divisaban tres iniciales de oro:

W. H. S.

Durante unos segundos, estuvo contemplando las tres letras, hurgando en su mente un posible nombre que encajase con aquellas iniciales. De pronto, encontró la respuesta y chasqueó los dedos.

—¡Wilbur Hillary Stockton! —exclamó.

El acompañante de la bella señora Orville había estado en aquella casa, a lo que parecía. ¿O le habían robado el portafolios?

Aquello podía explicar el hecho de que no hubiese conseguido dar con él en toda la mañana. Se preguntó qué motivos le habían impulsado a ir a la casa de Rosenthal-Barnes y por qué había tenido que marcharse luego, dejando allí su cartera de mano.

Resuelto a todo, la abrió, encontrándola completamente vacía, a excepción de un trocito de papel poco mayor que la uña de su meñique. Pero poseía la suficiente experiencia para saber que aquel fragmento de papel correspondía a la banda de sujeción que en un Banco había sido puesta alrededor de un fajo de billetes.

Ahora ya no le cabía la menor duda de que aquella cartera había contenido una importante suma de dinero, que alguien se había llevado. Sin embargo, el hecho de que Stockton se hubiese dejado allí la cartera le preocupaba notablemente.

Parecía lógico que el dinero hubiera sido trasvasado a otra cartera, pero Stockton no tenía por qué abandonar la suya. Con gesto pensativo, se rascó la mejilla con el pulgar, mientras salía del despacho y entraba en un dormitorio.

Examinó la pieza con toda atención. Era grande y estaba agradablemente decorada. Decidió iniciar un registro a fondo, al objeto de conseguir alguna pista que pudiera indicarle el paradero de la banda de estafadores. Después de algunas vacilaciones, se dirigió al armario ropero y abrió una de las puertas.

Entonces comprendió por qué no se había llevado Stockton su cartera.

Stockton aparecía sentado en el armario, con la espalda apoyada en la pared lateral, de modo que Potter podía verlo de perfil. La cabeza de Stockton aparecía doblada sobre su pecho y en el aire flotaba un tenue olor dulzón, que puso un espasmo en el estómago del joven.

—Cianuro —murmuró, dándose cuenta con ello de que Stockton ya no pertenecía al mundo de los vivos.

CAPÍTULO IV

Dolly salió del despacho de su jefe, fue a su mesa, recogió sus cosas y descolgó del perchero el impermeable que había llevado consigo aquella mañana, en que parecía ir a descargar un buen chaparrón. El día, sin embargo, había mejorado después considerablemente, cosa que la hacía sentirse mucho más animada, al pensar que el mal tiempo no estropearía el agradable fin de semana que esperaba pasar con Ben Potter. —Adiós, chicas— se despidió de sus compañeras—. Hasta el lunes.

—Diviértete, Dolly.

—Cuidado con los hombres. Son muy peligrosos.

—Pero tan atractivos... —suspiró otra de las chicas.

Dolly había conseguido de su jefe salir un par de horas antes, y hasta se había llevado el equipaje a la oficina. Lo recogió al pasar por la conserjería y caminó vivazmente hacia el ascensor. No sólo ansiaba verse en la calle, sino que se sentía ávida de obtener noticias del hecho sensacional que había saltado a las primeras páginas de todos los periódicos.

Cuando salió del edificio, Potter la aguardaba ya en el coche. El joven salió a su encuentro y se hizo cargo del equipaje de Dolly.

—Gracias por haber accedido a salir un poco antes —le dijo.

—Usted me lo pidió con cierta insistencia, pero, supongo, me dará alguna explicación sobre el particular.

—A su debido tiempo —sonrió él. Dolly se había acomodado ya en el asiento y cerró la portezuela, dando a continuación la vuelta al coche, para sentarse tras el volante—. Habrá leído los periódicos, me imagino —dijo, a la vez que accionaba la llave de contacto.

—Sí. Usted encontró un cadáver en casa de los Rosenthal...

—Era el del caballero a quien vimos con la señora Orville,

Wilbur Hillary Stockton. Fue asesinado con cianuro.

Dolly sintió un escalofrío.

—Entonces, el ama de llaves es una asesina...

—Probablemente, lo son todos, es decir, los Rosenthal, Mabel y Jenkins, el que figura como mayordomo. Pero ante el administrador de la casa, Jenkins y Mabel aparecían como matrimonio: los Barnes.

—Es incomprensible, ¿no le parece?

—Son una banda de estafadores y, al menos esta vez, se vieron descubiertos y recurrieron al asesinato. En cierto modo, se comprende; Stockton había sacado del Banco nada menos que un cuarto de millón.

Dolly silbó.

—¡Madre! —exclamó pintolescamente—. La de cosas que haría yo con un cuarto de millón de dólares.

Potter se echó a reír.

—Ellos también las harán, descuide —contestó—. El caso es que liquidaron a Stockton y desaparecieron con el botín.

—Y nadie sabe ahora dónde están.

—Tendrán un buen escondite, seguro. Estas cosas se planean bien, con la debida antelación, para poder escapar sin riesgos de captura.

—Pero, sin embargo, hay algo que puede causarles perjuicios, por decirlo de alguna forma —objetó Dolly—. ¿Sí?

—Los billetes. Eran nuevos, creo, y el Banco tomaría la numeración...

—En primer lugar, todos eran de cinco y de diez dólares, lo que hace muy difícil su localización, ya que son los billetes que más comúnmente se usan. Pero ellos pueden tener también otra salida: un comprador.

—¿Un comprador? —se extrañó la chica.

—Sí. Los venden con una «rebaja» del cuarenta o el cincuenta por ciento y así evitan riesgos.

—Salvo que el comprador los denuncie...

—No lo hará. Si lo hiciera, nadie más tendría tratos con él y se le acabaría el negocio de comprar dinero a la mitad del valor.

—A pesar de todo, el comprador, algún día, tendrá que usar esos billetes.

Potter soltó una risita.

—¿Para qué están los bancos suizos, en donde allí se admite de todo, sin hacer preguntas?

Dolly apretó los labios.

—La verdad, este mundo, a veces, resulta un poco asquerosito, ¿no le parece?

—Mucho, pero también conviene vivir pensando en lo que hay de bueno en él. Y hay bastantes cosas buenas, creo.

—Eso sí es cierto —admitió ella con una sonrisa—. Ben, dígame, ¿qué tal le va en su nuevo empleo?

—No puedo quejarme. Me han subido el sueldo y el señor Van Clyschen me estima considerablemente. Ahí puede estar mi futuro, Dolly.

—¿Solo? —preguntó la chica intencionadamente.

—Algún día buscaré a una persona que me haga compañía. Del sexo opuesto, naturalmente.

—¿La ha elegido ya?

—Tal vez.

—Y ella, ¿sabe que es objeto de su interés?

—Aún no le he dicho nada.

—¿Se considera tímido?

—No, pero tampoco me gustaría el fracaso.

—Ah, quiere estar seguro...

—Al menos, un mínimo de seguridades.

—Le dirá que sí, Ben.

—Eso espero, Dolly.

—Y será muy bonita.

—¡Preciosa!

Dolly giró la cabeza un poco.

—Si se entera de que voy con usted a pasar el fin de semana, puede tener celos.

—No lo creo.

—¿Por qué, Ben?

—Es usted demasiado curiosa. Deje que pase un poco de tiempo y concretará las respuestas a sus preguntas.

Ella se reclinó complacida en el asiento. Creía conocer las respuestas.

Un par de horas más tarde, Potter, al llegar a una bifurcación de caminos, hizo avanzar el coche por el de la derecha.

—Eh, por ahí se va a Los Alerces —exclamó Dolly.

—Exactamente.

Dolly se sintió repentinamente aprensiva.

—¿Y si ellos están... ahí?

—Es posible que no. Seguro, no. Ayer sostuve una larga conversación con el teniente Sinclair, buen amigo de mi jefe, y le conté todo lo que nos había pasado hacía cuatro meses. Ellos habrán leído también los periódicos, en los que se citó mi nombre, por lo que, astutos como son, habrán tenido la buena idea de no volver a un sitio en donde podrían ser localizados.

—Es posible, pero ¿qué espera usted hallar en esa residencia?

—Ya ha pasado algún tiempo. Sin embargo, quizá encuentre algún rastro de Macomber. Le interesa a mi jefe. Debe más de cien mil dólares.

—Oooohhh... Oigo esas cifras y siento vértigos —exclamó Dolly pintoescamente—. ¿De verdad hay en este mundo quien pueda tener tanto dinero?

Potter se echó a reír.

—Aguarde y verá la residencia de mi jefe —contestó.

Poco después, llegaban a Los Alerces. La propiedad estaba rodeada por una alta tapia y tenía una cancela de hierro en la entrada, abierta de par en par en aquellos momentos.

Apenas se apearon del coche, oyeron los ladridos de un perro.

—Vaya, ahora hay gente en la casa —comentó Potter.

El can apareció a los pocos instantes. Era un precioso lobo, de color casi dorado, con el lomo oscuro. Potter lo aguardó a pie firme, completamente quieto, dándose cuenta de que era un animal muy joven. Probablemente, no tendría ni seis meses, se dijo.

El perro llegó junto a él, le olfateó y movió la cola alegremente. Casi en el mismo instante, apareció un hombre en mangas de camisa, pantalón de peto y un sombrero de paja en la cabeza.

—Eh, ¿qué hacen aquí? —exclamó el individuo—. Esto es una propiedad privada...

—¿Ya no me conoce, señor Davis? —preguntó Potter.

El jardinero entornó los ojos.

—Ah, sí, ya recuerdo... Usted es el que llegó a esta casa

equivocado...

—Y pasé aquí una noche entera —sonrió el joven—. Ben Potter, señor Davis. Mi acompañante es la señorita Brown, y también estuvo aquí, aunque se marchó la víspera.

Davis contempló intrigado a la muchacha.

—¿Estuvo aquí también? —preguntó.

—Sí, y si me lo permite, le explicaré lo que sucedió, porque me interesa pedirle un favor... Oiga, la otra vez no tenía perro...

—Acababan de dármele y era demasiado pequeño para traerlo conmigo —respondió Davis—. Aún no ha cumplido cinco meses...

El perro dio la vuelta y se marchó de repente. Potter lo vio escarbar furiosamente en la tierra, a unos cincuenta metros de distancia.

—Ese «Kelly» —dijo Davis, meneando la cabeza—. No sé qué manía le ha dado. Desde hace algunos días, cada vez que vengo a cuidar el jardín, escarba en el mismo sitio...

—Tendrá que atarlo —sonrió Potter.

—Ese sitio, además, está en malas condiciones. Voy a tener que construir un bancal. Hace algunas semanas, llovió torrencialmente y el agua se llevó la mayor parte de la tierra... «Kelly», por todos los diablos —gritó el jardinero—. ¿Es que no puedes estarte quieto?

El perro no hizo el menor caso del furioso apostrofe de su dueño. Se paró un instante, ladró con todas sus fuerzas y continuó escarbando.

—Habrá encontrado algo —supuso Potter.

—Los cachorros tienen reacciones imprevisibles. Como los cachorros de persona, claro —rió Davis—. Está bien, ¿no quieren pasar?

Dolly se apeó del coche y se estremeció al contemplar la casa en la que había servido durante cuarenta y ocho horas solamente. ¿A qué extraños trabajos se habían dedicado los que ella había creído sus dueños?

De pronto, los ladridos de «Kelly» se hicieron más fuertes, más agudos, muy insistentes. Potter frunció el ceño.

Davis echó a correr hacia el can. Potter le siguió en el acto. «Kelly» ladraba incesantemente. Al llegar al lugar donde había estado escarbando con las patas delanteras, y en el que se advertían claramente las señales del arrastre de la tierra, vieron algo que

asomaba al exterior.

—¡Dios santo! —Se aterró Davis—. ¿Qué es eso?

Potter se quedó paralizado por el asombro. Lo que salía fuera de la tierra era una mano humana, ya ennegrecida por el paso del tiempo y de la que se desprendía un horrible hedor.

Dolly llegaba en aquel momento. Vio la mano y lanzó un terrible chillido:

—¡Macomber!

Davis agarró al perro por el collar y lo apartó de aquel lugar. Estaba muy pálido. —Habrà que avisar a la policía— dijo.

Potter asintió.

—Hágalo —contestó.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—Yo supongo que el cuerpo que hay debajo de la tierra es el de Macomber, pero ¿cómo ha sido capaz de identificarlo?

Dolly estaba vuelta de espaldas.

—El anillo —respondió—. Lo recuerdo muy bien, tuve tiempo de vérselo con todo detalle en las pocas horas que estuvo en la casa.

Potter meneó la cabeza.

—Sospecho que el señor Van Clyschen no podrá ya recobrar el dinero que le debía ese desgraciado —murmuró.

CAPÍTULO V

Un estirado mayordomo, que atendía por el nombre de Dickson, recibió a la pareja y llamó a un par de doncellas para que se hicieran cargo de los equipajes.

—Ahora la sirven a usted, Dolly —sonrió Potter, mientras cruzaban el vestíbulo de la mansión.

Casi había anochecido ya. Dolly se sentía muy preocupada por lo ocurrido, aunque ello no le impidió apreciar el lujo de la residencia, en la que se apreciaba claramente el buen empleo que Van Clyschen sabía hacer de su dinero. Pero casi en el acto, el anfitrión salió al encuentro de los recién llegados.

—¡Querido amigo! —exclamó, a la vez que le tendía la mano—. No sabe cuánto celebro verle... Esta linda señorita es, sin duda, su acompañante...

—En efecto, señor. Le presento a Dolly Brown. Dolly, el señor Van Clyschen...

—Mucho gusto —dijo la joven.

—Es un placer —respondió el anfitrión. Miró a Potter y le guiñó un ojo—. Tiene usted buen gusto, muchacho, le felicito. Bien, ya están en su casa, así que no se sientan cohibidos por nada...

—Señor, me gustaría hablar con usted inmediatamente —dijo Potter—. Es algo muy urgente, se lo aseguro.

Van Clyschen arqueó las cejas un instante, pero vio la expresión de Potter y extendió una mano.

—Por aquí, hágame el favor.

—La señorita Brown también, señor; aparte de que es de toda mi confianza, está enterada de ciertos detalles del asunto Macomber. Si recuerda usted lo que le conté, debe saber que Dolly fue la que actuó como doncella en aquella comedia.

—Sí, creo que entiendo... —Van Clyschen hizo que sus invitados pasaran a la inmensa biblioteca y destapó un frasco de vidrio tallado—. ¿Con o sin hielo? —consultó.

—Dos cubitos de hielo, por favor —dijo el joven—. ¿Dolly?

—Gracias, no tengo ganas de beber —rechazó la interpelada.

—Le conviene una copa, después de lo que ha visto —insistió Potter.

—Está bien, pero sólo un dedo.

—¿Han visto algo malo? —preguntó Van Clyschen, mientras servía las bebidas.

—El cadáver de Macomber, señor.

Las manos de Van Clyschen se inmovilizaron durante un segundo. Luego terminó de verter el licor en los vasos y sirvió a sus huéspedes.

—De modo que al fin ha aparecido ese pirata —dijo.

—Ya está la policía en Los Alerces, señor —declaró Potter—. Por eso nos hemos retrasado tanto.

Potter habló durante algunos minutos. Al terminar, Van Clyschen hizo un gesto de pesar.

—No comprendo a esa gente —dijo—. ¿Qué pretenden con esos asesinatos? Tarde o temprano los descubrirán y... En fin —suspiró—, daré por perdidos los cien mil dólares que me debía Macomber. Son riesgos de los negocios, que es preciso afrontar con la sonrisa en los labios o, de lo contrario, se sigue el camino que acaba en la úlcera de estómago o en el infarto. ¿Se siente usted ya mejor, señorita Brown?

—Sí, muchas gracias —contestó Dolly.

—Está bien, diviértanse y no se preocupen ahora de más. Mañana, por la mañana, de todos modos, usted y yo conversaremos en mi despacho privado. Quiero encomendarle un trabajo de cierta importancia, Ben.

—Sí, señor.

Van Clyschen miró a Dolly y sonrió.

—Una chica preciosa —elogió—. Pero disfrutar de su agradable compañía es el privilegio de la juventud y... mis años mozos ya se fueron —añadió melancólicamente. Palmeó el hombro de Potter.

—Diviértanse, muchachos —se despidió.

—Es un hombre muy interesante —dijo Dolly, cuando se

hubieron quedado solos.

—Y muy considerado con sus empleados —añadió Potter—. Creo que mi porvenir está en seguir en su empresa.

—Eso creo yo también. Ben, necesito cambiarme de ropa. Pronto será la hora de la cena.

—Sí, vamos ya.

La velada resultó muy agradable. Van Clyschen había invitado a una docena de personas de ambos sexos, todos amigos suyos, pero el éxito de la reunión fue para Dolly. La joven, ataviada con un sencillo traje amarillo paja, que contrastaba agradablemente con su pelo negrísimo, fue el polo de atracción para todos los varones invitados al fin de semana.

Después de la cena, hubo un poco de baile en la terraza situada junto a la monumental piscina. No se produjo la orgía que Dolly había temido, aunque el buen humor fue la nota dominante en todo momento. Al fin, bien pasada la media noche, la fiesta empezó a languidecer y los invitados se dispersaron en busca del descanso.

Potter acompañó a la muchacha hasta la puerta de su dormitorio.

—Lo ha pasado bien, me imagino —sonrió él.

—Nunca me había divertido tanto —confesó Dolly, con los ojos muy brillantes—. Aquel joven, ¿cómo se llama?

—Ringle, Herbert Ringle —contestó Potter—. Es dueño de una bonita fortuna y está soltero.

—Es muy simpático, en efecto. Me ha propuesto que nos veamos la semana próxima y he accedido a salir a cenar una noche con él.

Potter dejó de sonreír en el acto.

—La felicito, Dolly.

—Gracias, Ben. No se lo tomará a mal, ¿verdad?

—¿Por qué? Al contrario, me alegro de ello muy sinceramente.

Ella le dirigió una sonrisa llena de simpatía.

—Buenas noches, Ben.

—Buenas noches, Dolly.

Potter se encaminó a su habitación, un tanto disgustado, aunque comprendiendo que no tenía el menor derecho a formular reproches a Dolly. A fin de cuentas, se dijo, ella era libre de hacerse acompañar por personas de su agrado.

—Quizá me he hecho demasiadas ilusiones y demasiado pronto

—se dijo, mientras empezaba a desnudarse.

En su habitación, Dolly, un tanto acalorada, juzgó prudente tomar una ducha, antes de meterse en la cama. Tras desvestirse, fue al baño y permaneció unos minutos bajo el agua, hasta que notó los primeros síntomas de relajamiento. Luego salió, se secó y se puso el pijama que ya tenía preparado. Con tan sencilla indumentaria fue al dormitorio y buscó cigarrillos, para fumarse uno en la cama antes de dormir.

De pronto, recordó que tenía el tabaco en uno de sus bolsos y que éste se hallaba en el armario. Cruzó la estancia, abrió la puerta y vio a un hombre en el interior.

Un fuerte choque sacudió su cuerpo al reconocer a aquel sujeto, que la miraba fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¡Señor Jenkins! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí en mi dormitorio?

Pero Jenkins no le contestó. Dolly, un tanto irritada, alargó la mano para sacudirle por el hombro y entonces fue cuando vio la manchita roja que había en la pechera de la camisa del mayordomo.

Aquello fue una especie de golpe que la dejó sin respiración, a la vez que la hacía retroceder como si de repente se hubiera visto en presencia de un monstruo. La comprensión de que Jenkins estaba muerto entró en su mente con el resplandor de un relámpago en una noche oscurísima.

Lo primero que sintió fue un terror vivísimo. Luego tuvo la suficiente presencia de ánimo para darse cuenta de que, estando muerto, Jenkins no podría causarle el menor daño. Aunque temía las complicaciones que iban a seguir inevitablemente...

Se preguntó qué podía hacer. ¿Salir al pasillo y empezar a gritar histéricamente?

Tal vez eso no le agradase al dueño de la casa, que buscaría ante todo la discreción.

Pero, de una forma u otra, alguien tenía que saberlo.

—Ben —murmuró, mientras, relativamente serenada, buscaba su bata.

* * *

Aunque un tanto decepcionado por la actitud de Dolly, Potter,

también algo fatigado, había apagado la luz apenas se metió en la cama y el sueño no tardó en hacerle olvidar sus preocupaciones. De pronto, notó que la luz estaba encendida y que alguien le sacudía por un brazo.

—¿Ya es la hora del desayuno? —preguntó torpemente.

—¡Ben! Despierte... Sólo son las dos de la madrugada...

Potter abrió los ojos y vio a la muchacha inclinada hacia él.

—Si sabe la hora, ¿por qué viene a preguntármelo? —exclamó.

—Oh, Ben, sucede algo horrible... He visto a Jenkins...

—Está bien, dele recuerdos de mi parte.

Potter se volvió de lado y se tapó con las ropas de cama. Dolly le sacudió nuevamente.

—Es cierto —insistió—. Acabo de ver a Jenkins. Está muerto. En mi dormitorio.

Potter giró lentamente y se sentó sin prisas en la cama.

—Dolly, no me gustaría enojarla, pero empiezo a pensar que el poco alcohol que ha bebido no le ha sentado bien —dijo.

El pie derecho de la joven pateó el suelo con fuerza.

—¡Estoy diciendo la verdad! ¡Jenkins está en mi dormitorio, muerto! Alguien le ha pegado una puñalada o un tiro, no sé... He visto la sangre en la pechera de su camisa...

—¿Jenkins? —exclamó el joven—. Pero ¿qué tendría que hacer en esta casa?

—No lo sé... Está allí... Oh, es horrible...

—Cálmese, muchacha... Si se vuelve de espaldas, podré vestirme.

Dolly giró en redondo. Potter saltó de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Mientras lo hacía, preguntó:

—¿Alguien más sabe lo que pasa?

—No, sólo usted... He venido, sobre todo, para que me aconseje...

—No se pueden dar demasiados consejos cuando uno se encuentra un cadáver en el dormitorio. Pero si es cierto lo que usted dice, se va a organizar una buena.

Potter se anudó el cordón de la bata y miró fijamente a la muchacha.

—Por cierto, ¿qué tendría que hacer Jenkins en esta casa?

—¿Acaso cree que lo sé?

—Lo malo es que ya no podemos preguntárselo a él. Pero, dígame, ¿está segura de que es Jenkins?

—Usted también lo reconocerá cuando lo tenga delante de sus ojos —contestó Dolly, muy picada.

Potter se encaminó hacia la puerta y abrió, pero Dolly meneó la cabeza significativamente.

—Usted primero... —dijo con voz temblorosa.

Potter contuvo una sonrisa. El pasillo estaba desierto, completamente silencioso. Avanzaron de puntillas, sin hacer el menor ruido.

—Parecemos conspiradores —dijo él—. Es una lástima que aquí no tenga algún enemigo para dejarle el cuerpo en su cama.

—No sea macabro —le recriminó Dolly—. El asunto no es para tomarlo a broma.

—No, los muertos no son nunca cosa de broma.

Al llegar al dormitorio de la muchacha, abrió la puerta y dio unos pasos en el interior.

Ella cerró sigilosamente.

—¿Dónde está? —preguntó Potter.

—Ahí, en el armario...

—¿Está segura?

Dolly había entrado casi de espaldas, para no tener que contemplar de nuevo el cadáver. Al oír la pregunta del joven, giró y fijó la vista en el armario, cuya puerta estaba completamente abierta.

—Pero ¡si lo he visto!

El armario aparecía vacío, salvo las ropas de la muchacha. Potter avanzó y las separó con la mano.

—Aquí no hay ningún cadáver —dijo, ceñudo.

—Ben, Ben, le juro que vi a Jenkins muerto...

Potter contuvo un enérgico juramento. Empezaba a imaginarse lo que había sucedido. —Dolly, usted ha tenido una pesadilla— dijo.

—¡Por el amor de Dios, le ruego que me crea! —Dolly avanzó hacia el armario y agarró la puerta con una mano—. Al marcharme, cerré, estoy absolutamente segura..., tanto como de tenerle a usted a mi lado. Y ahora, usted lo ha visto, la puerta estaba abierta...

—¿Tiene algún sedante, Dolly?

Los ojos de la chica llamearon furiosamente.

—No me cree, ¿verdad? ¿Cómo haría yo para convencerle de que es absolutamente cierto que he visto a Jenkins, muerto, en ese armario?

—Dolly, a veces, los sueños resultan tan vividos, que el que los sufre, llega a confundirlos con la realidad. Usted dice que vio muerto a Jenkins y aquí, en su armario, no hay nada. La habitación está en orden, no hay señales de lucha...

Los labios de la joven se contrajeron.

—Está bien, márchese, si no me cree —dijo secamente.

—Lo siento, Dolly.

—Creo que me equivoqué al aceptar su invitación para... este fin de semana con cadáver en el dormitorio. No ha habido orgía, pero sí un asesinato.

Potter se encaminó hacia la puerta.

—¿Llamará a la policía?

—¿De qué serviría? El asesino, quienquiera que sea, se ha llevado el cadáver y lo habrá escondido...

—Creo que le conviene tomar un sedante. Iré a buscarlo.

—¡No, no quiero tomar nada! ¡Márchese! —dijo ella exasperadamente—. Al menos, haga el favor de dejarme sola.

—Procure tranquilizarse, Dolly —fue lo último que él dijo antes de salir.

Profundamente preocupado, Potter regresó a su dormitorio. Por una parte, creía que Dolly había sido víctima de una pesadilla. Pero también había captado en su expresión una nota de sinceridad que no podía desconocer.

Y suponiendo que fuese cierto, ¿qué podía hacer Jenkins en aquella casa?

Era la pregunta que surgía en el acto, pero a la que no podía contestar.

Entró en el dormitorio y tiró la bata a un lado. A través de la ventana abierta, divisó la cama, por lo que no quiso encender la luz. Apartó a un lado las sábanas, se tendió en el lecho y estiró las piernas.

Bostezó. Estiró también los brazos. Entonces, notó que había alguien más en el lecho.

«¡Maldición, otra vez me he confundido de puerta!», pensó.

Una voz de tonos indolentes preguntó:

—¿Eres tú, Bill?

—Dispense, señora, pero no soy Bill. Me he equivocado de habitación...

La mujer se volvió rápidamente hacia él.

—Al menos, eres un hombre, supongo.

—Pues..., sí, señora...

Ella lanzó una tenue carcajada.

—Entonces, no te preocupes más. Bill puede irse al infierno, ¿no te parece?

Una boca voraz buscó la de Potter. Las manos del joven exploraron el cuerpo femenino. Algo madura, pero aún muy apetitosa, se dijo. Y empezó a pensar en que Bill, quienquiera que fuese, había sido un idiota al desaprovechar aquella ocasión. La mujer le hizo olvidar a Jenkins.

CAPÍTULO VI

—Se llama Lafe Elton y ésta es su dirección —dijo Van Clyschen a la mañana siguiente, tras el desayuno.

Potter guardó el trozo de papel que le entregaba su anfitrión.

—¿Qué debo hacer? —consultó.

—Obtenga todos los informes posibles de ese individuo. Sea discreto y no comunique a nadie el resultado de sus averiguaciones, salvo a mí, personalmente. Nada de cartas ni teléfonos. De viva voz, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Cuando sepa algo interesante de Elton, llame a mi secretaria y dígame que el maíz de mi propiedad de Rochester Farm empieza a granar satisfactoriamente. ¿Lo recordará?

—Sí, señor. Tengo buena memoria...

Van Clyschen sonrió.

—¿Qué tal lo está pasando su amiguita? —preguntó.

—Oh, muy bien, estupendamente —contestó el joven—. Nunca..., bueno, debo confesarle una cosa, señor.

—¿Sí, Ben?

—No me gustaría enojarle, aunque menos me gustaría engañarle. Usted se ha portado muy bien conmigo y... El caso es que la señorita Brown es una simple empleada...

Van Clyschen soltó una atronadora carcajada.

—¡Por Dios, Ben! ¿Quién se ha creído que soy? ¿Algún encopetado aristócrata, que tiene a menos juntarse con la plebe? Yo soy un hombre que se ha hecho a sí mismo y que trabajó muy duramente antes de llegar a esta posición actual. No me importa lo que sean o hagan mis amigos, con tal de que sean personas decentes, ¿comprende?

—Sí, señor. Muchas gracias...

La mano derecha de Van Clyschen palmeó afectuosamente el hombro de Potter, al mismo tiempo que la izquierda tendía hacia él un papel de forma rectangular.

—No me dé las gracias —dijo, benevolente—. Usted trabaja con gran eficiencia y yo soy quien debe estarle agradecido. Aquí tiene, para los gastos... y no es necesario que rinda cuentas luego. ¿Estamos?

Potter abandonó el despacho, rebosante de satisfacción. La cifra escrita en el cheque era de cinco mil dólares. Sí, Van Clyschen se portaba muy generosamente con él. Había tenido suerte al conseguir aquel empleo.

Luego pensó en el maíz de Rochester Farm. Los financieros, a veces, empleaban ciertas claves para evitar filtraciones en sus negocios, que pudieran beneficiar al competidor.

Al salir a la terraza, divisó a Dolly al sol, en una tumbona, cerca de la piscina. La joven llevaba puesto un bañador de dos piezas, rojo, y ofrecía un aspecto realmente atractivo, aun a pesar de las grandes gafas de color con que se cubría los ojos.

Pero no quiso decirle nada y empezó a dar vueltas por el vasto jardín que rodeaba la casa. Media hora más tarde, regresó a la terraza, agarró una butaca de mimbre y se sentó junto a la chica.

—Le he visto dando vueltas por ahí —dijo ella—. ¿Qué hacía, Ben?

—Buscaba una tumba.

Una doncella se acercó en aquel instante con una bandeja en las manos. Potter tomó dos vasos y ofreció uno a Dolly. Ella se incorporó sobre un codo.

—Así, pues, no me cree —dijo.

Potter tomó un largo sorbo del refresco, con las pajas del vaso.

—Suponiendo que sea cierto, ¿qué podía hacer Jenkins en esta casa? —preguntó al cabo.

—Si lo supiéramos, podríamos tener una idea de las causas de su muerte, ¿no le parece?

—Las causas, no los motivos.

—Bueno, como quiera. Pero yo insistiré siempre en que lo vi muerto, Ben. Y mientras yo fui a buscarle a su dormitorio, alguien entró en el mío y se llevó el cadáver.

—No he visto en el jardín la menor señal de que alguien haya cavado una tumba durante la noche, Dolly.

—Lo tendrán escondido en algún sitio, esperando a que los invitados se marchen. Entonces, lo enterrarán, como hicieron con Macomber.

Potter no quiso contestar. La historia seguía pareciéndole fantástica. Aún no acababa de creer del todo en las palabras de la muchacha.

De pronto, vio una mano que se agitaba al otro lado de la piscina.

—Dispénsame, Dolly —murmuró.

Se puso en pie, contorneó el enorme rectángulo lleno de agua y quedó frente a una hermosa mujer, tendida sobre una toalla roja.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

Ella sonrió maliciosamente.

—Resultaste mucho mejor que Bill —dijo.

Potter se sentó a su lado. Ella era rubia, de formas ampulosas y ojos llenos de malicia. Debía de tener unos cuarenta años, magníficamente bien cuidados y, sobre todo, repletos de experiencias.

—Aún no sé tu nombre —añadió.

—Martha Holmes, divorciada. ¿Cómo te llamas?

—Ben Potter.

—Es curioso. Anoche no se nos ocurrió preguntarnos los nombres respectivos. —Le miró críticamente—. Tampoco hizo falta, me parece.

—No, no hizo falta. ¿Quién es ese Bill que se perdió algo maravilloso?

—Míralo, allí está, con la gorda del traje de baño azul claro.

Potter volvió un poco la cabeza. Bill era un hombre algo mayor que él, muy apuesto, pero con todo el aire de ser un tipo que vivía de explorar a las mujeres.

—La gorda tiene mucho más dinero que yo —añadió Martha.

—En este mundo, no todo es cuestión de dinero, me parece.

—Para Bill, sí lo es.

—Yo no soy Bill, Martha.

—He tenido ocasión de comprobarlo... satisfactoriamente. —Ella hizo una mueca—. ¡Puah, me imagino a Bill encima de la gorda

y me dan ganas de vomitar!

—Algunos hombres consideran que ponerse encima de una gorda es una forma de ganarse la vida.

—¿Lo harías tú?

—Creo que no. Puedo trabajar y ciertos «empleos» me repugnan.

—Me gustas, Ben.

—Gracias, Martha.

—Tienes que darme tu teléfono. Te llamaré la semana próxima.

—Luego, descuida.

—Ah, y esta noche, si viene Bill, lo echaré a patadas de mi habitación.

—Lo tendré en cuenta.

—Trabajas para Van Clyschen, ¿no?

—Así es.

—Van es un tipo muy generoso. Y un buen amigo. Pero también puede ser un enemigo muy peligroso.

—Yo sólo soy su empleado. Me encomienda un trabajo y lo hago, aunque, por supuesto, se trata de asuntos decentes. Nunca aceptaría hacer nada ilegal.

Potter se puso en pie.

—Te veré luego —se despidió.

—¿A la noche?

El joven sonrió, pero no dijo nada. La temperatura se había elevado considerablemente y decidió ir a su habitación, para ponerse el traje de baño. A fin de cuentas, había una magnífica piscina y era una tontería no aprovechar aquel tiempo tan estupendo.

Cuando llegaba al piso superior, Dolly salió inesperadamente a su encuentro.

—Ocurre algo, Ben —dijo la chica, muy excitada.

—¿Qué pasa? —preguntó él, intrigado.

—Venga, por favor.

Potter siguió a la muchacha, quien le condujo hasta la ventana de su dormitorio, situado en la parte posterior de la casa. La ventana estaba abierta y ella señaló una furgoneta de carga, cuya puerta posterior aparecía también abierta.

—Usted estuvo buscando una tumba en el jardín, pero no la encontró —dijo.

—Es cierto. ¿La ha encontrado usted?

—Aguarde unos minutos y lo verá.

Potter calló. No quería herir a Dolly con sus dudas. Pero, reconoció poco después, quizá que ella tenía razón.

Dos hombres salieron de la casa, cargados con una caja de madera, de forma alargada. La caja era un paralelepípedo, de dos metros de largo por sesenta o setenta centímetros de largo.

—¡Ahí va Jenkins! —exclamó ella triunfalmente.

—En pleno día —dijo Potter, estupefacto.

—Sí, en pleno día.

Los cargadores dejaron la caja en el interior de la furgoneta y volvieron a la casa. Potter decidió actuar.

—Venga conmigo, Dolly.

Ella le siguió en el acto. Descendieron al primer piso y dieron la vuelta a la casa.

Los dos hombres estaban todavía adentro. Potter saltó a la furgoneta y tanteó la caja de madera, hallando que la tapa estaba asegurada solamente con una simple presilla de metal.

Levantó la tapa. Dolly alargaba el cuello ávidamente.

Hubo un espacio de silencio. Luego, Potter movió la mano.

—Venga, venga aquí, muchacha suspicaz.

Dolly subió a la furgoneta. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—Pero... Oiga, puede estar debajo...

—Vamos a verlo.

Potter metió la mano en el interior de la caja que envolvía la vajilla contenida en la caja y hurgó hasta alcanzar el fondo. Al cabo de unos segundos, meneó la cabeza.

—Sólo platos y tazas —dijo.

En aquel momento, los dos operarios salían de la casa. Uno de ellos se hurgaba los dientes con una astilla de madera. Al ver a la pareja en el interior del vehículo, gritaron coléricos.

—¿Qué hacen ahí?

—Salgan inmediatamente, estúpidos...

—Cuidado, amigos —dijo Potter—. Somos invitados del señor Van Clyschen.

—Como si son invitados del presidente —rezongó uno de los sujetos—. Nos han encargado trasladar esta vajilla y si se rompe

algo, lo pagaremos nosotros, de modo que, ¡fuera!

Potter agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—Dispensen, amigos —sonrió—. La señorita y yo habíamos hecho una apuesta y vinimos solamente para ver cuál de los dos era el ganador. Ella dijo que había un cadáver en la caja. Yo ^sostenía todo lo contrario... y he ganado cincuenta dólares.

Sacó dos billetes de a diez y se los entregó a los operarios.

—Compartiré mis ganancias con ustedes —añadió.

—Un cadáver —bufó uno de los cargadores.

—Estos ricachos no saben ya qué inventar para distraerse —dijo el otro despectivamente—. Vámonos, Joe.

—Sí, vámonos, Randy.

—Tómese unas copas a nuestra salud —dijo Potter.

—A la salud del muerto —añadió Dolly.

Potter empujó a la muchacha sin grandes ceremonias. La furgoneta arrancó segundos más tarde.

—Hemos hecho el ridículo —farfulló el joven.

—Al menos, hemos comprobado que el cadáver de Jenkins no estaba en la caja —contestó ella.

—Jenkins, Jenkins... —repitió él exasperadamente—. ¿Cuándo se va a convencer de que lo ha soñado?

—¡Nunca! —dijo Dolly con acento lleno de vehemencia—. Porque no estaba dormida siquiera, sino bien despierta, y, lo repetiré siempre, vi el cadáver de Jenkins tan bien como le estoy viendo a usted.

Giró sobre sus talones y se alejó con vivo taconeo. Potter la contempló unos segundos, luego meneó la cabeza y, al fin, emprendió de nuevo el camino de su habitación.

Hacía mucho calor y necesitaba un baño, no sólo para refrescarse, sino también para relajar sus nervios por medio de la natación.

Aquella noche, sin embargo, no acudió a la habitación de Martha Holmes. Había buscado una novela en la biblioteca y se acostó pronto, sin querer tomar parte en la fiesta que había sucedido a la cena.

Pasado un buen rato, oyó un estrépito en el pasillo. Alguien discutía violentamente.

Las voces pertenecían a un hombre y una mujer. Ella era Martha

Holmes.

De pronto, Potter oyó el inconfundible chasquido de una bofetada. Luego, Martha dijo al *play-boy*

que fuera a rondar a la ballena de dos patas, que a ella ya no iba a engañarla más. Bill le preguntó que si había otro hombre en su vida y ella le contestó claramente que sí. Bill juró que averiguaría su nombre y que lo mataría, sin importarle arriesgar una condena de cadena perpetua por el crimen. Potter empezó a preocuparse, pero una risotada de Martha le tranquilizó en el acto.

—Lo dices para impresionarme, pero ésa no cuela, especie de bastardo. Vete con la gorda y déjame en paz de una vez, ¿me has entendido?

Al parecer, Bill debió de resignarse, porque la discusión cesó en el acto. Potter quiso prevenirse y, saltando de la cama, cerró la puerta con doble vuelta de llave. Martha quiso entrar más tarde e incluso le llamó, pero él se hizo el dormido. Al día siguiente, cuando se lo echó en cara, dijo que lo sentía muchísimo, pero que había tomado un sedante y que por eso no la había oído. Martha pareció admitir la excusa y le dijo que le llamaría la semana entrante, para cenar juntos. Potter no quiso decirle que la próxima semana estaría muy ocupado, consiguiendo informes de un tipo llamado Lafe Elton.

Ya encontraría la manera de evitar el encuentro cuando llegase el momento adecuado.

CAPÍTULO VII

—¿Lafe Elton? —repitió el teniente Sinclair, cuando Potter le preguntó por el tipo dos días más tarde—. Me suena, aunque no recuerdo ahora demasiado... ¿Qué le preocupa del tipo?

—Tengo que conseguir informes de él. Me lo ha encargado mi jefe, Van Clyschen.

—Ah... Bueno, si quiere, indagaré en el departamento. Quizá algún compañero lo conozca.

—Se lo agradeceré, Jack. ¿Otra cerveza?

La conversación se había desarrollado en una cafetería cercana a la Jefatura de Policía.

Sinclair rechazó con un leve gesto.

—No, muchas gracias, Ben. Por cierto, usted encontró el cadáver de Macomber.

—Bueno, yo estaba cuando el perro del guarda de la finca lo descubrió, que no es lo mismo. La autopsia, como usted sabe, ha hecho saber que Macomber murió envenenado con cianuro, lo mismo que Stockton.

—Una forma de morir nada agradable —murmuró el policía—. ¿Tiene usted alguna opinión sobre los motivos de esos asesinatos?

—Respecto a Macomber, le diré que debía cien mil dólares a mi jefe, pero el señor Van Clyschen no es persona que haga matar a la gente ni siquiera por una cantidad veinte veces mayor. Fue obra de la banda de estafadores y chantajistas, que asesinaron también a Stockton, después de haberle sacado un cuarto de millón.

—Es un enigma que parece insoluble —dijo Sinclair—. Los asesinos se han esfumado...

Uno de ellos, pensó Potter, podía estar muerto, si lo que Dolly decía era cierto. Pero no quiso mencionar lo sucedido en la

residencia de Van Clyschen durante el fin de semana. Le parecía que podía ponerse en ridículo y, de todos modos, no podía probar nada.

—Está bien, si sabe algo, no deje de avisarme, Jack.

—Descuide, Ben.

Los dos días siguientes fueron destinados a la vigilancia de Lafe Elton, un sujeto de cuarenta y tantos años, dueño de una considerable fortuna, a juzgar por las apariencias. Elton vivía en un lujoso apartamento, con criado personal, pero no parecía ocuparse en ningún trabajo. Tal vez tenía ciertas rentas que le permitían una vida regalada y de ocio poco menos que absoluto. Sin embargo, al tercer día de vigilancia, descubrió que Elton se dirigía a un club nocturno de los más caros de la ciudad.

El nombre del local era *Silver Seagull* (La Gaviota de Plata), pero Elton, en lugar de entrar por la puerta principal, se dirigió a uno de los laterales del edificio y entró por la puerta de artistas. Potter se imaginó que debía de tener muchas y buenas relaciones con el dueño y, probablemente, con alguna de las chicas que trabajaban en el club. Resuelto, avanzó hacia la misma puerta, pero un fornido cancerbero le cerró el paso.

—No siga, amigo. Dé media vuelta y lárguese.

Potter fingió irritarse.

—¿Qué tengo yo que no tenga el tipo que ha entrado hace un momento?

—Oh, la diferencia, a decir verdad, es muy poca, pero suficiente para prohibirle a usted la entrada —contestó el guardián irónicamente—. Muy sencillo, el señor Elton es el dueño. ¿Lo comprende ahora?

Potter se llevó dos dedos a la sien, remedando un saludo militar.

—Sí, señor —contestó solemnemente.

Elton abandonó el club pasadas las tres de la madrugada, en compañía de un tipo que parecía su guardaespaldas personal. Elton llevaba debajo del brazo una abultada cartera, cuyo contenido, para Potter, resultaba obvio.

«La de cosas que podría hacer yo con el dinero que lleva ahí», pensó melancólicamente.

La vigilancia prosiguió durante varios días más. En todo aquel tiempo, Dolly no le había llamado una sola vez. Potter supuso que

la muchacha debía de estar enfadada con él y los sueños que había elaborado, con Dolly como motivo principal, empezaron a desvanecerse.

Potter llegó a la conclusión de que Elton visitaba el Silver Seagull cada tres días. La recaudación estaría bien guardada en alguna caja fuerte en el despacho del club y él iba a buscarla dos veces por semana. Debía de tener algún hombre de confianza, que se encargaba de dirigir el negocio. El resto del tiempo, Elton vivía en la más absoluta ociosidad.

Los movimientos del sujeto solían ser invariables, muy metódicos. En todo el tiempo, Potter no advirtió que se relacionase con una mujer. Pero tampoco, según logró averiguar, era casado. El joven llegó a preguntarse en más de una ocasión qué interés podía tener su jefe por Elton, sin que lograra hallar una respuesta aceptable para sus dudas.

Martha le llamó en un par de ocasiones y, en ambas, encontró disculpas suficientes para no acudir a una cena en su casa, no porque le desagradase la perspectiva, sino porque temía que aquella amistad pudiera derivar en una relación más duradera y Martha no le parecía la mujer adecuada en este sentido. Añoraba a Dolly en un principio, pero poco a poco, empezó a olvidarla.

Cuatro semanas más tarde, Potter creyó estar listo para entregar un informe a su jefe. Antes de ello, decidió acudir una noche al Silver Seagull. Aún no conocía el club por dentro y aquella noche Elton estaría en su casa.

Cuando llegó al local, un *mâitre* muy obsequioso le procuró una buena mesa. Potter correspondió con una excelente propina. Luego se concentró en el espectáculo que se ofrecía en el escenario, en donde actuaba una hermosa cantante, con una bonita voz que arrancaba frecuentes aplausos al público.

Media hora más tarde, divisó una cara conocida entre los asistentes. Potter se asombró al ver a Bill, el *play-boy*

, acompañando a una hermosa mujer, vestida con notoria audacia. A fin de observar mejor sin ser visto, colocó delante de sí el ramo de flores que adornaba la mesa.

La mujer era muy rubia, con el pelo casi blanco, y el escote de su vestido era algo puramente nominal. En realidad, apenas si

tapaba los vértices de unos senos muy bien contruidos. Ella estaba peinada de una forma un tanto aparatosa y severa a un mismo tiempo. El moño, enorme, tenía sin duda, una buena cantidad de postizos.

El color de los labios era rojo oscuro. Los pómulos resultaban un tanto salientes, a la vez que los ojos aparecían con ligera oblicuidad. Ciertamente, la mujer ofrecía un aspecto exótico sumamente atractivo, pero, de pronto, Potter creyó apreciar en ella rasgos conocidos.

Transcurrieron unos minutos. Súbitamente, Potter recordó a una atractiva ama de llaves, de pelo castaño oscuro, peinada y vestida con discreta severidad, y el rostro apenas maquillado. Casi se quedó sin aliento al reconocer a Mabel Orville.

La acompañante del
play-boy

era una mujer enteramente distinta de la que él había conocido en Los Alerces. No sólo la indumentaria, sino también el peinado y el maquillaje tenían una parte en aquella increíble transformación. Pero ¿qué hacía Bill al lado de la estafadora y, posiblemente también, asesina?

Decidió seguir a la pareja a su salida del club. Dos horas más tarde, vio a Bill despedirse de Mabel a la puerta de un edificio, del que tomó buena nota. Bill llamó a un taxi y se marchó. Potter, tras una breve reflexión, decidió que antes de dar un paso, le convenía adquirir más informes del sujeto.

Y conocía a la persona que podía dárselos.

* * *

Van Clyschen estudió unos instantes el contenido de las cuartillas que Potter le había entregado y luego lanzó una exclamación:

—¡Espléndido, muchacho, espléndido! Ha realizado usted una magnífica tarea.

—Gracias, señor, pero..., aunque esto sea indiscreción por mi parte, habrá de permitirme que le exprese mi extrañeza por el interés que siente usted hacia ese tipo. De todos modos, si lo que he dicho le molesta, le ruego me disculpe...

Van Clyschen alzó una mano.

—Oh, no, no, en absoluto, muchacho. A fin de cuentas, confío demasiado en usted como para no confesarle alguno de mis problemas. El buen Elton, además de propietario de ese lujoso club, es también un redomado chantajista. Por muy correcto que sea su comportamiento, es un sujeto ávido de dinero, que no repara en medios para incrementar su cuenta corriente. El chantaje es una de sus fuentes de ingresos..., pero, como puede usted comprender fácilmente, yo soy persona que no se deja avasallar por nadie. Claro que tengo mis pecadillos y que no me gusta se hagan públicos, pero... a fin de cuentas, son pecados propios de hombre. Le estoy dando largas, a fin de contraatacar en el momento oportuno. Y, créame, cuando haya terminado con Elton, se lo encontrará cualquier día en una esquifa, con un sombrero en la mano. No le dé un solo centavo de limosna, ¿entendido?

Potter se echó a reír.

—Puede estar seguro de ello, señor —contestó.

Van Clyschen le dio un par de palmadas.

—Ha trabajado intensamente —dijo—. Tómese un par de semanas de vacaciones, Ben.

—Gracias, señor.

—Cuando le necesite, volveré a llamarle. Entretanto, es obvio decir que su sueldo sigue corriendo lo mismo, ¿eh?

Potter volvió a darle las gracias y se marchó. Aquella misma noche cenaba con Martha.

Ella le reprochó el abandono en que la había tenido todo aquel tiempo. Potter se defendió, diciendo que tenía que trabajar para ganarse la vida.

Y no trabajo precisamente como Bill —añadió—. Sudo el dinero que me gano, ¿comprendes?

—Está bien, no quise ofenderte...

—Sólo trataba de puntualizar, para que vieras la diferencia que hay entre un tipo como yo y ese *play-boy*...

A propósito, ¿cuál es el nombre completo?

—William Alfred Martin Tolliver y dice ser descendiente de una de las familias más aristocráticas del país. Pero eso es un cuento; nunca ha sabido hacer otra cosa que explotar su figura. ¿Es que

tienes algún interés en ese detestable individuo?

—¿Qué tal le salió el asunto de la gorda?

—Mal. Fracasó.

—Vaya, ella se lo comía con los ojos.

—Sí, pero la gorda está casada y su marido es otro Otelo. Cuando empezó a notar que en su cuenta corriente se producían descensos inexplicables, hizo algunas averiguaciones y el asunto terminó ahí. A Bill se le secó la fuente y, por si fuese poco, el marido ofendido contrató a un par de matones que le dieron una buena sacudida. Ben, aún no has dicho qué te interesa de ese hombre.

—Lo vi hace un par de días. Ha hecho otra conquista. Me entró curiosidad, eso es todo. —Miró a la mujer y sonrió—. Pero ahora voy a ocuparme exclusivamente de ti. Si me lo permites, claro.

—Te arrancaría la piel a tiras si no lo hicieras —contestó Martha apasionadamente.

* * *

De forma inesperada, Potter, al día siguiente, recibió una llamada telefónica.

—¿Puedo hablar con usted? —consultó Dolly.

—Se ha acordado de que existo en el mundo, ¿eh? —dijo el joven cáusticamente.

—Ben, esto no es cosa de broma —respondió la chica—. Necesito verle.

—Muy bien. Dígame dónde y cuándo...

—A la salida de la oficina, en la cafetería del otro lado de la calle. Por favor, no deje de acudir, Ben.

Dolly parecía muy nerviosa, apreció Potter. A pesar de haberse distanciado, aún la apreciaba y se dijo que, puesto que en aquellos momentos estaba inactivo, debía acudir a la cita.

Aparte de ello, sentía una viva curiosidad por conocer el problema que, sin duda, aquejaba a la muchacha. Minutos después de las cinco de la tarde, se acomodaban ambos en un reservado situado al fondo de la cafetería.

La camarera sirvió café y se retiró. Entonces, Dolly abrió su bolso, sacó un carta y se la entregó al joven.

Potter la leyó atentamente.

—Parece un buen empleo —observó.

—Sí, lo es, pero hay dos cosas que debe saber, Ben. Primero, no tengo la menor experiencia como dama de compañía.

—El sueldo es bueno y el trabajo, creo, no será excesivo. Estará en una residencia de lujo, en el campo, bien atendida... y a juzgar por lo que dice la carta, la señora Endicott no le dará mucha lata.

—Esta carta es una trampa, Ben.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Escuche con atención... Hace menos de una semana vino un caballero muy elegante a entrevistarse con mi jefe. Usted ya sabe que trabajo en una importante firma de abogados, que se ocupan de toda clase de asuntos. Aquel hombre, por lo visto, tenía un asunto relacionado con una herencia o algo por el estilo y quería adquirir información sobre una propiedad en venta. Era un hombre alto, de unos cuarenta y tantos años, con lentes de montura de oro y bigote muy cuidado. Tenía la cara tostada y creo que usa lámpara —de sol artificial.

—Sí, hay muchos que lo hacen, Dolly.

—Me vio trabajando y me miró con cierta insistencia, lo mismo al entrar que al salir. Yo también noté algo familiar en él. Por la noche, pensando en el señor Jeffries, ése es el nombre que dio, estuve tratando de encontrar alguna relación con su cara y otra que había visto antes. Ahora puedo decírselo sin temor a error: era Rosenthal. Potter saltó en su asiento.

—¡Dolly!

—Lo que oye, Ben —contestó la muchacha firmemente—. Ya no me cabe la menor duda. Jeffries no miró apenas a las otras chicas...

—Es que, cuando usted está delante, no se puede mirar a nadie más —sonrió el joven.

—Déjese de tonterías —dijo ella con aspereza—. Jeffries parecía devorarme con la vista, de tal forma, que llegué a sentirme muy incómoda. Y hoy mismo, por la mañana, he recibido esta carta. En la oficina, no en mi casa. ¿Por qué la señora Endicott tiene que saber que yo trabajo en esa oficina?

—¿Se le ha ocurrido preguntárselo a su jefe?

—Sí, y me ha dicho que no conoce a ninguna señora Endicott ni ha oído hablar jamás de una finca denominada Six Oaks. Ben, creo

que... tengo miedo...

Potter miró a la muchacha y la vio muy angustiada.

—¿Me permite un consejo, Dolly? —consultó.

—Para eso le he llamado, Ben. ¿Qué debo hacer?

—Rechace el empleo.

—Contestará negativamente...

—¡Aguarde un momento! —exclamó él—. Aquí, en la carta, se indica que debe dar la respuesta en el plazo máximo de una semana. Espere cuatro o cinco días y escriba luego disculpándose por no haber contestado a vuelta de correo, debido a que la carta quedó momentáneamente extraviada en la oficina, debajo de una pila de papeles. Diga que agradece el ofrecimiento, que podría interesarle, pero que necesita un período de reflexión, ya que está muy contenta con su empleo actual. —En suma, dar largas, sin negarme rotundamente—. Eso es, Dolly.

—¿Y después?

—Mientras —sonrió él—. Mientras tanto, yo intentaré averiguar qué hay en Six Oaks, quién es la señora Endicott... y también la relación que hay entre el bello Bill y el ama de llaves de Los Alerces.

Dolly se quedó sin aliento.

—¿Son aliados? —preguntó.

—Es muy probable —respondió Potter.

CAPÍTULO VIII

Potter llamó a la puerta y aguardó unos minutos. En vista de que no contestaba nadie, miró a derecha e izquierda, sacó una ganzúa no mayor que su dedo meñique y la insertó en la cerradura.

Segundos más tarde, se hallaba en el interior del apartamento.

Era una vivienda de serie, inferior incluso a la suya. Potter se preguntó cómo era posible que una mujer hermosa y aficionada al lujo pudiera residir en aquel apartamento barato.

Tal vez, se dijo, por el momento le convenía aparentar cierta modestia. Pero ¿por qué?

¿Tenía intenciones de «cazar» a Bill? Se llevaría un chasco, pensó divertidamente, cuando supiese que el sujeto era partidario de vivir a costa de las mujeres y que no había sabido hacer jamás otra cosa. Con sumo cuidado, empezó a registrar el apartamento, pero, con gran decepción, no encontró nada que mereciera la pena.

Al cabo de media hora, se dispuso a levantar el campo. Entonces, oyó ruido de llave en la cerradura.

Inmediatamente, saltó al otro lado de un diván. Alguien entró en la casa, taconeando vivamente. Potter oyó un leve golpe sobre el diván. Sin detenerse, la mujer continuó su camino hacia las habitaciones interiores.

Al cabo de unos segundos, se irguió y escuchó atentamente. Hasta sus oídos llegaba el rumor de los grifos de la bañera. La señora Orville, si éste era su verdadero nombre, se disponía a darse un baño.

Disponía de unos minutos de tiempo y abandonó su refugio, para pasar al otro lado del diván. El golpe que había percibido era el del bolso que Mabel había lanzado descuidadamente mientras se encaminaba al cuarto de baño. Potter no desaprovechó la ocasión.

Abrió el bolso. Había una billetera con casi mil dólares y una documentación a nombre de Helen Pryor. Vio también algunos objetos de belleza, una pitillera de plata maciza, muy poco en consonancia con la modestia de la vivienda, un encendedor de oro, adornado con rubíes, y una pistolita calibre 22. Cuando se disponía a dar por terminado el registro, oyó una voz a cuatro pasos de distancia:

—¿Qué hace usted en mi casa?

Potter alzó la cabeza. Mabel Orville estaba delante de él, completamente desnuda, aunque sin mostrar el menor rubor por la ausencia de vestimenta. Era una mujer tremendamente atractiva, hubo de reconocer. Los senos eran todavía firmes y erguidos, y la cintura tenía las dimensiones adecuadas para una figura que se prolongaba en la parte inferior con la perfección de líneas de un ánfora romana.

—Le he hecho una pregunta —dijo ella, impasible.

Lentamente, Potter sacó las balas de la pistola y se las echó al bolsillo. Luego, con no menor ostentuosidad, extrajo el dinero de la billetera y se lo guardó con todo desparpajo.

—Siento mucho despojarla, señora Pryor, pero es mi oficio —dijo.

—Vaya —exclamó ella—. Nunca vi a un tipo tan fresco... Supongo que ya sólo le falta abusar de mí.

Hay mucho donde abusar, en efecto —convino él—, pero no es mi especialidad. Yo respeto siempre a las mujeres. Claro que, a lo mejor, a usted le gustaría ahora que yo le perdiese el respeto.

Ella sonrió.

—Es usted un tipo muy interesante —dijo—. Pero ¿no nos hemos visto antes?

—La recordaría sin duda. Una mujer tan hermosa como usted, no se puede olvidar jamás.

—Es usted un ladrón muy galante, señor...

—Permítame que emplee un pseudónimo, señora. Tom Smith.

Mabel se echó a reír.

—Admito el pseudónimo —dijo—. ¿Y no teme que llame a la policía?

—Veo un teléfono muy cerca. Ya habría corrido hacia él, de tener esas intenciones. —Potter se felicitaba mentalmente; ella no le

había reconocido, aunque estaba seguro de que su cara le resultaba familiar. Por tanto, se dijo, lo mejor era marcharse, ahora que la ocasión se presentaba propicia.

—Bien —suspiró ella—, daré ese dinero por perdido, pero... ¿no le gustaría tomarse una copa conmigo?

—Soy radicalmente abstemio, señora Pryor.

—Quizá teme beber conmigo, porque sus huellas dactilares quedarán impresas en el vidrio de la copa.

Con gesto desafiante, Potter se inclinó y apoyó en la pulida superficie de una mesa baja las cinco yemas de los dedos de la mano derecha.

—No son las huellas dactilares lo que me preocupa —sonrió—. Pero le aseguro que no pruebo el alcohol.

—Como quiera —dijo ella—. Pero me hubiera gustado mucho conversar un rato con usted. Conversar y...

La insinuación era evidente. Potter meneó la cabeza.

—Nunca mezclo el trabajo con el placer, señora —arguyó.

—Vaya, parece un monje de paisano —exclamó Mabel, un tanto desechada—. ¿O va a decirme ahora que está casado y que su mujercita le aguarda detrás de la puerta, con el rodillo en las manos, para emplearlo si percibe un perfume ajeno?

—¿Quién sabe? —sonrió el joven.

De pronto, ella alargó un poco el cuello.

—¡Ya está! —dijo, casi gritando—. ¡Ahora sé quién es usted!

—Por favor, señora... No me asuste...

—Se llama Ben Potter y estuvo hace unos meses en una propiedad llamada Los Alerces.

—Oiga, no me diga que usted... —Potter fingió sorpresa—. Pero está cambiadísima, señora.

—Allí iba vestida —dijo Mabel maliciosamente—. Y si me va a decir que usaba otro nombre, le diré que lo hice por no enojar a mi familia. Los Pryor habrían considerado insultante que un miembro de la familia se emplease como una simple ama de llaves.

—Sí, hay gente que no sabe digerir la pérdida de posición social. Pero, a fin de cuentas, un ama de llaves es una persona tan perfectamente respetable como otra cualquiera. Allí se hacía llamar...

—Potter, señora. Otro pseudónimo.

—Oh, claro, claro... —Mabel sonrió—. Y ahora me dirá que fue a Los Alerces para ver si podía vaciar alguna billetera.

—Exactamente.

—¿Lo consiguió?

—Fracasé miserablemente. Además, ocurrió algo muy raro... Los dueños de la casa se marcharon antes de que yo me despertase...

—Yo también resulté engañada. Eran unos estafadores y vaciaron los bolsillos de un tal Macomber. También me pasó lo mismo que a usted: me encontré sola al despertarme.

—¡No me diga!

—Como lo oye. Vi que me habían engañado y abandoné la casa inmediatamente.

—Se iría muy pronto.

—Oh, antes de las siete de la mañana... Ni siquiera me acordé de usted...

«Estamos jugando a las mentiras, pero mientras ella me crea un ladrón de guante blanco, todo irá bien», pensó Potter.

—Estuve desvelado un buen rato y me dormí muy tarde. Cuando desperté, eran casi las diez de la mañana —declaró.

Mabel pareció sentirse tranquilizada y sonrió.

—Me gustaría verle de nuevo... fuera de sus horas de «oficina» —dijo—. Pero hoy tengo un compromiso.

Potter recorrió con la vista el espléndido cuerpo de la mujer.

—Quienquiera que sea, es un hombre afortunado —dijo.

—¿Lo envidia?

—Sinceramente.

—En tal caso, podría cancelar el compromiso...

Potter emprendió una rápida retirada.

—No defraude jamás a un hombre que la espera ansiosamente, con una ausencia deliberada —dijo—. En todo caso, procure hacerle perder las esperanzas... y ya nos veremos.

—Llámemme pronto por teléfono, Tom —dijo Mabel, cuando el joven abrió ya la puerta.

—Descuide, la llamaré.

En la calle, Potter respiró a pleno pulmón. «¿Se había creído ella el cuento?», pensó, un tanto desazonado.

Metió la mano en el bolsillo y acarició los billetes. Podía haberse llevado también la pitillera y el encendedor, se dijo. Pero siempre le

quedaba el recurso de alegar que eran objetos de difícil salida y por los que, además, le darían muy poco dinero. Sí, podía ser una buena excusa, pensó, sintiéndose satisfecho de que la incursión se hubiera saldado con un resultado mejor de lo esperado.

* * *

Tres días más tarde, llamó a Dolly y le pidió una cita en la misma cafetería. La muchacha accedió de inmediato.

—¿Tienen noticias? —preguntó, al encontrarse con el joven.

—Tengo noticias... y una proposición.

—Soy toda oídos —sonrió Dolly.

Aguardaron a que la camarera les sirviese sendas tazas de café. Luego él dijo:

—He estado en Six Oaks. Es una propiedad muy bonita.

—¿Cómo se le ha ocurrido ir allí?

—Estoy de vacaciones y pensé que un viaje de exploración podría resultar útil.

—¿Tiene alguna idea?

—Sí. Pero en esa idea, usted está también incluida. Por cierto, ¿ha contestado a la oferta de la señora Endicott?

—Hoy mismo he echado la carta al correo, Ben. He dicho exactamente lo que usted me aconsejó —respondió Dolly.

—Bien, hoy es martes, de modo que aún quedan algunos días por delante, pero... ¿le gustaría pasar el próximo fin de semana en Stroughboro?

—No conozco esa población, Ben. ¿Qué hay en Stroughboro?

—Nada de importancia, excepto que se halla a cuatro millas de Six Oaks. Hay dos hoteles, uno en el centro de la ciudad, que no es muy grande, y otro cerca de un lago precioso. Podemos elegir este último y hacer excursiones por los bosques cercanos. Con un par de prismáticos, claro.

—Creo que le entiendo —sonrió la chica—. Habitaciones separadas, por supuesto.

—Cuando se inscriba en el registro, firme como Dolly Potter. Mi «hermanita», naturalmente.

—Está bien. ¿Qué más?

—Eso es todo... Ah, ¿sabe que he estado conversando con la

señora Orville?

—¡Ben! —exclamó la muchacha, alarmada.

—Nos reconocimos mutuamente, pero ella me creyó un ladrón. Y yo fingí creer que también a ella la habían engañado.

—A ver, explíqueme —pidió Dolly.

Potter le relató detalladamente la entrevista sostenida con la hermosa Mabel, aunque sin mencionarle el hecho de que el ama de llaves había estado desnuda en todo momento. Al terminar, Dolly meneó la cabeza.

—Ojalá siga creyendo que es un ladrón —dijo.

—No hay~ motivos para pensar lo contrario —sonrió él.

CAPÍTULO IX

Con gesto furtivo, el ladrón miró a derecha e izquierda del corredor y luego usó una ganzúa, con la habilidad hija de una larga experiencia. Era un hombre relativamente joven, de pelo rubio y aspecto inocente, que habría podido pasar desapercibido en cualquier parte. El ladrón se sentía contento, porque ya había visitado cuatro apartamentos y obtenido un botín más que apreciable.

El ladrón era experto y sólo se había apoderado de dinero y joyas que no abultasen en los bolsillos. Tenía cuatro sortijas, adornadas con piedras preciosas, un par de costosos relojes, de oro y platino, respectivamente, un hermoso *pendentif* y alguna otra cosilla, además de casi cinco mil dólares en billetes. En aquella casa, se dijo satisfecho, vivía gente muy acomodada.

Era hombre que no solía asaltar las grandes mansiones, debido a que tenía que enfrentarse con complicados sistemas de alarma, sin contar con los perros de guarda que siempre solía haber... y, hasta en ocasiones, con vigilantes armados. No, lo mejor era actuar en aquellos edificios, donde residían gentes de un elevado nivel de vida y en los que el «trabajo», además de proporcionar buenos «dividendos», solía resultar rentable y sin complicaciones posteriores.

Para el ladrón, era el quinto apartamento que visitaba. Cuando terminase el recorrido, se marcharía. La mayoría de los ocupantes estaban en sus trabajos, ansiosos de que llegase el mediodía para iniciar el fin de semana. Eran las mejores ocasiones para actuar; incluso las esposas solían estar realizando alguna compra.

Cerró la puerta a sus espaldas y se frotó mentalmente las manos. Aquella sesión de trabajo le iba a proporcionar unas cuantas

semanas de vacaciones, a costa de los primos, pensó satisfecho.

Como iba enguantado y disponía de tiempo, se premió con un buen trago de *whisky*, que saboreó sin prisas, disfrutando de la bebida. Cuando se disponía a iniciar el trabajo, oyó ruido en la puerta.

El ladrón se volvió instintivamente, alarmado por la inesperada llegada del dueño de la casa. Si le pillaban, se dijo, sus rosados proyectos iban a esfumarse de mala manera.

Su primera idea fue buscar algo con que poder golpear al dueño de la casa y escapar antes de que la cosa fuese a mayores. Pero el hombre que surgió repentinamente ante su vista no parecía el ocupante del apartamento.

Llevaba en la mano un revólver, con silenciador. El ladrón sintió que se le ponían los pelos de punta.

—Oiga, que yo sólo entré a robar —exclamó—. Si quiere, dejaré lo que he encontrado por ahí...

—Sí, tú un ladrón y yo el comisario Mac Millan —dijo el otro sarcásticamente.

Y apretó el gatillo.

El ladrón saltó hacia atrás y cayó al suelo. El asesino disparó dos veces más, para cerciorarse de que su víctima pasaba irremisiblemente al mundo de las sombras. Luego, con el mismo silencio que había aparecido, cerró la puerta y se marchó, sin que ninguno de los habitantes de la casa se hubiera percatado del drama que acababa de producirse en el edificio.

Una hora más tarde, llegó Potter, cargado con algunos bultos, de las compras que había hecho, a fin de disponer de la indumentaria apropiada para un fin de semana, en una comarca en donde las hojas de los árboles empezaban ya a amarillear. Sosteniendo la pila de paquetes con una mano, sacó la llave, la insertó en la cerradura y abrió.

Los paquetes se le cayeron al suelo, cuando vio al hombre tendido en mitad de la sala, sobre un lago de sangre que ya se tornaba de color oscuro.

* * *

El teniente Sinclair sacó una hoja de papel de la carpeta que

acababa de entregarle un sargento y, después de leerla durante unos segundos, alzó la vista hacia el hombre que tenía sentado frente a sí.

—El nombre de la víctima era Chester Dowell, alias Chet *el Anguila*, por su facilidad en escurrirse en el interior de las casas y limpiarlas de dinero y objetos de valor que no tuvieran un tamaño excesivo. Dowell desdeñaba siempre las cosas que abultasen demasiado, como lo prueban los objetos que hemos encontrado en sus bolsillos. Pero no entiendo por qué tuvieron que asesinarle precisamente en su casa.

—¿Algún ajuste de cuentas? —sugirió Potter.

Sinclair hizo una mueca.

—En todo caso, se habría realizado en cualquier otra parte y no en su apartamento —respondió—. El Anguila operaba siempre solo y nunca utilizó cómplices. Pero, incluso admitiendo la hipótesis del ajuste de cuentas, tendría que haberse realizado a la inversa.

—¿A la inversa?

—Sí. El muerto debería de haber sido alguno de los «peristas» con los que trataba Dowell, con quien podría haberse enfadado por pagarle menos de lo convenido... Pero ni eso se puede admitir; Dowell fue siempre un tipo que huía de las situaciones violentas. Un par de veces, es cierto, golpeó a sus víctimas, pero solamente las atontó, sin llegar a extremos irreparables. Lo único que quería era escapar, ¿comprende?

Potter se acarició la mandíbula.

—Sí, eso lo comprendo perfectamente, pero no entiendo en absoluto por qué alguien tuvo que pegarle cuatro tiros en mi apartamento.

—Tres —puntualizó Sinclair.

—Bueno, supongo que al muerto no le importará la cifra exacta. El caso es que se trata de un asesinato incomprensible. Si no fue un ajuste de cuentas, si no tenía cómplices despechados por un reparto injusto del botín, ¿por qué lo liquidaron?

Los ojos de Sinclair estudiaron el rostro del joven durante unos momentos. De repente, hizo una pregunta:

—¿Tiene usted enemigos personales?

Potter respingó.

—¿Quiere decir... algún enemigo que desee mi muerte?

—Exactamente.

—Pues... no, no recuerdo a ninguno...

—Ben, voy a decirle una cosa. Tengo la sospecha de que el asesino se confundió.

—¿Eh?

—El Anguila tenía treinta y cinco años, pocos más que usted; la figura era parecida a la suya, los ojos azules y el pelo rubio y liso... como usted.

—¡Diablos! —Se espantó el joven.

—Sí, tuvo que tratarse de una confusión. De otro modo, no se explicaría el asesinato de un ladrón inofensivo en cuanto al empleo de la fuerza física.

Potter meneó la cabeza. ¿Un enemigo suyo?

Sin saber por qué, pensó en Mabel Orville. ¿Había hablado ésta con alguno de sus cómplices?

—Lo siento, pero no sé de nadie que quiera mi muerte —dijo, sabiendo que mentía.

Un sargento entró de pronto, con unos papeles en la mano.

—Teniente, creo que hemos dado con una buena pista —informó—. Uno de los vecinos ha declarado que, más o menos a la hora en que se cometió el crimen, vio a un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura y muy fornido. Peso alrededor de ochenta kilos, pelo negro y cejas muy espesas. ¿Le «suenan» esa descripción?

—¡Tuck Evans! —exclamó Sinclair.

—Yo también he pensado en el mismo, señor —dijo el sargento.

—¿Quién es Evans? —preguntó Potter.

—Un asesino profesional. Mata por dinero.

Potter se quedó helado.

—Pero ¿a quién he hecho yo daño para que desee mi muerte? —dijo, hondamente preocupado.

—Vaya pensando en un nombre y dígamelo cuando sepa algo que merezca la pena —aconsejó Sinclair—. Nosotros, mientras tanto, nos ocuparemos de Evans. —Se volvió hacia el sargento—. Sam, creo que esta vez podremos poner la mano sobre ese miserable.

—Sí, señor. Hoy ha cometido un error...

—Los asesinos a sueldo suelen ser muy cuidadosos —alegó Potter.

—Pero, a veces, tienen prisa y eso les resulta fatal.

—Es decir, tenía prisa en liquidarme.

—Sí, porque, de lo contrario, Evans hubiese actuado con su sigilo habitual. Por fortuna, tenemos las balas que entraron en el cuerpo de Dowell y eso nos permitirá compararlas con las del revólver que usa habitualmente. Sargento, creo que podemos ponernos en marcha.

—Oiga, Sinclair —dijo Potter—, yo tengo que salir para un fin de semana... Incluso he reservado habitación...

—Vuelva el lunes —decretó el teniente.

—Descuide.

A las cuatro de la tarde, Potter, quien ya había avisado a Dolly de un retraso ineludible, se reunió con la muchacha en la puerta de su casa. Cargó el equipaje, la ayudó a sentarse y luego ocupó su puesto tras el volante. A los pocos momentos, soltó la noticia:

—Hoy han querido asesinarme, Dolly.

* * *

Tuck Evans llenó dos vasos y ofreció uno a su visitante.

—El asunto está resuelto —dijo.

—¿De veras?

—Está más muerto que mi abuela —rió el asesino—. Nunca fallo, créame.

—Muy bien —dijo el otro—. Supongo que no me queda otro recurso que pagar.

—Por su propio bien, espero que no trate de regatear un solo centavo de la suma convenida. Siempre cumplo mis contratos y quiero que los demás hagan lo mismo.

—Tuck, ¿quién ha hablado de engañarle? —El visitante sonrió, a la vez que sacaba un fajo de billetes del bolsillo de su impermeable—. Cuente, por favor.

El asesino se sentó ante la mesita y empezó a pasar los dedos por los billetes crujientes. Enfrascado en la tarea, no se dio cuenta del rápido movimiento de la enguantada mano de su interlocutor.

Al cabo de unos momentos, alzó la vista y sonrió.

—Da gusto tratar con tipos como usted —dijo.

—Lo celebro infinito. ¿Brindamos por el éxito de la operación?

—Claro.

Evans alzó su vaso y luego lo llevó a los labios para despachar su contenido de un trago.

Al terminar, ladeó la boca.

—Esto sabe a orines de caballo —dijo.

—No, sabe a almendras amargas —rectificó el visitante.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Evans, alarmado.

El visitante sonreía.

—El cianuro siempre resulta indigesto, Tuck —contestó.

Se oyó un rugido. Evans, enloquecido de cólera, intentó sacar su revólver, pero la mano perdió su fuerza casi instantáneamente. Sintiendo que le faltaba la respiración, cayó hacia atrás en el diván. La figura del hombre que tenía frente a sí, empezó a hacerse borrosa, hasta que desapareció tras un telón de negrura absoluta.

CAPÍTULO X

El punzante aire de la madrugada llegó a los pulmones de Dolly causándole casi dolor. Pero no tardó en acostumbrarse a aquella atmósfera absolutamente pura, de una transparencia cristalina, y se sintió como si estuviese en una especie de paraíso terrenal.

El dorado de las hojas de los álamos contrastaba agradablemente con el verde de las otras especies arbóreas. De vez en cuando, tropezaban con algún arroyuelo que saltaba de peña en peña. Las ardillas correteaban por los árboles. A veces, se oía el tableteo de algún pájaro carpintero. Una vez, se encontraron con un gamo, que les contempló durante unos minutos, hasta que un chasquido que sonaba en alguna parte lo asustó, haciéndolo escapar a toda velocidad.

En lo alto, un halcón planeaba en busca de su presa. Cuando llegaron en cierta ocasión a la cima de una colina, Potter tendió el brazo hacia lo lejos y señaló la bola de fuego que empezaba a alzarse en el horizonte, ascendiendo hacia un cielo radiante y sin una nube.

—Dígame, ¿cuánto tiempo hace que no presencia un espectáculo semejante? —preguntó.

Dolly tardó algunos segundos en contestar, poseída por una extraña emoción, nunca sentida con anterioridad.

—Jamás —murmuró—. Nací y viví siempre en una gran ciudad... y aunque he hecho muchas excursiones, nunca pude disfrutar de una verdadera estancia en el campo.

—Esta comarca está casi como el día de la creación —dijo Potter—. Por fortuna, no suele haber osos ni felinos carnívoros. Aunque nos parezca que estamos en un lugar terriblemente selvático, y lo es, la civilización moderna se halla demasiado cerca para no

espantar a ciertas especies animales.

—Por fortuna para nosotros —sonrió ella.

—Probablemente, no nos atacarían, aunque más vale que no nos encontremos con un oso o un puma. ¿Empieza a sentirse mejor?

—Sí, pero esta mañana, hacía verdadero frío —dijo la chica, arrebujándose en el chaquetón a cuadros que llevaba puesto.

—Cuando el sol esté más alto, podrá aligerar su indumentaria —aseguró él, a la vez que reanudaba la marcha.

—Lo que no entiendo es por qué hemos tenido que salir tan pronto del hotel —manifestó Dolly.

—Preciosa, si no sabe lo que es pasar horas y horas en un puesto de vigilancia, hoy va a tener la ocasión de adquirir esa experiencia.

—Potter tocó la mochila que llevaba a la espalda—. Pero no se preocupe; llevamos agua, víveres, y hasta un frascuito con un excelente *brandy*. Además de los prismáticos, naturalmente.

—¿Qué espera hallar en Six Oaks, Ben?

—Aún no lo sé. Lo único que puedo decirle es que encontré un sitio ideal para observatorio.

—En donde podremos ver sin ser vistos.

—Exactamente.

La distancia que debían recorrer era de cuatro millas. Habían salido a las siete de la mañana y alrededor de las nueve estaban ya en el lugar elegido previamente por el joven para observatorio.

La colina no tenía demasiada elevación, pero su cima quedaba a la altura suficiente para poder contemplar la casa y el jardín circundante, sin la menor dificultad. Potter se quitó la mochila, sacó los prismáticos y se detrás de un arbusto y al pie de un abeto de frondosa copa, cuya sombra evitaría un reflejo delator de las lentes de sus prismáticos. Durante unos minutos, estuvo observando la casa.

De una de las chimeneas se elevaba una delgada columnita de humo, que subía verticalmente a causa de la absoluta calma de la atmósfera. Era el único signo de vida que se apreciaba a una hora relativamente temprana para los habitantes de una casa que no tenían necesidad de madrugar.

Al terminar aquella primera observación, entregó los gemelos a la muchacha.

—Siga, Dolly.

Potter fue a la mochila y extrajo un par de bocadillos, que se había hecho preparar en el hotel. Entregó uno a la joven y arremetió contra el suyo con voraz apetito. Dolly no le fue a la zaga y pidió más comida al terminar el bocadillo.

—El aire del campo abre el apetito —sonrió.

—¿No se preocupa nunca por su línea? —preguntó Potter, sonriendo.

—Todavía es pronto... quiero decir, no tengo tantos años como para observar el mejor régimen de adelgazamiento que se ha conocido jamás.

—No hay ninguno que sea eficaz...

—Se equivoca. Hay uno, y consiste en mover la cabeza de derecha a izquierda y viceversa, cada vez que le ponen a una delante un plato apetitoso.

Potter soltó una carcajada.

—No cabe duda: de esa forma, no se engorda jamás. —La miró apreciativamente—. Usted tardará aún muchos años antes de empezar a observar el régimen del «no».

—Eso espero, Ben.

Las horas fueron pasando lentamente. A media mañana, Rosenthal apareció en la terraza y dio algunos paseos. Su esposa se hizo visible poco después.

—Falta la señora Orville —dijo Potter.

—Y Jenkins —añadió Dolly incisivamente.

—Si es cierto que murió, ¿por qué lo asesinaron?

—Ha hecho usted una pregunta, a la que no me siento capaz de contestar, Ben.

—Sí, lo mismo me pasa a mí.

Cerca del mediodía, vieron un coche que se acercaba a Six Oaks.

—Alguien llega —exclamó Potter.

A través de los prismáticos, pudo contemplar el coche como si lo tuviera a unos cuarenta metros de distancia, cuando se hallaban casi a medio kilómetro. La verja de acceso estaba abierta y el automóvil penetró hasta detenerse frente a la fachada principal del edificio.

La puerta se abrió y un individuo severamente vestido acudió a recibir al viajero. Potter sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—¡Por todos los...! Dolly, ahora es cuando creo que Jenkins está muerto —exclamó.

—¿Qué ha visto? —preguntó ella, muy excitada.

—He visto al nuevo mayordomo. ¿No se imagina quién es? —dijo el joven, sin quitarse los prismáticos de delante de los ojos.

—Por favor, no me tenga sobre ascuas...

—Bill, el

play-boy

a quien conocimos en la residencia de Van Clyschen.

—¿Eh? ¿Está seguro, Ben?

Potter entregó los prismáticos a la muchacha. El nuevo mayordomo, después de haber entrado una maleta en la casa, salía para llevar el coche a algún garaje.

—Es cierto —dijo ella segundos después—. Pero ¿qué puede hacer ese individuo en Six Oaks? El nunca ha sido mayordomo...

—Dolly, Bill es un tipo cuya carencia de dinero es crónica. Aunque parece más joven de lo que es, los cuarenta años no se los quita nadie. Para ciertos tipos, esa edad es algo aterrador... y empiezan ya a pensar que cualquier cosa es buena, con tal de vivir sin trabajar.

—¡Pero está haciendo de mayordomo!

—Porque la señora Orville le habrá convencido para que desempeñe el papel. Pero no será por mucho tiempo, créame.

—Lo justo para desplumar al recién llegado, ¿eh?, ¿sabe quién es?

Potter asintió. También había reconocido al viajero.

—Sí, le conozco, aunque no he hablado nunca con él —respondió—. Sólo espero —agregó—, que no acabe como Macomber.

—Envenenado con cianuro —se estremeció Dolly.

Potter se mordió los labios. Si Elton iba a ser asesinado, ¿no habría modo de evitarlo?

Dolly le dio un codazo, en vista de que seguía callado.

—¿No tiene nada más que decirme? —preguntó.

—Dispense, estaba distraído...

—Pensando en algo interesante, supongo.

Potter estudió la propiedad con los prismáticos. En el lado Norte de la tapia divisó una brecha. Seguramente, se había producido un

desprendimiento y el dueño no se había ocupado de repararla todavía. A los actuales ocupantes, se dijo, poco debía de importarles; no iban a estar allí por mucho tiempo.

—Sí, pensaba en algo interesante —confirmó al cabo—. A la noche entraré en Six Oaks.

—No me dejará sola en el hotel, espero.

—¿Se atreverá a tomar parte en la incursión?

—Creo que tendré mucho miedo..., pero aún lo tendría más si supiera que usted no estaba cerca de mí.

—Bueno, eso que acaba de decir me pone muy cerca del éxtasis —sonrió Potter.

—No bromeo. La cosa no está para chanzas.

Potter le pasó los gemelos.

—Siga mirando —dijo—. Es preciso obtener la mayor información posible.

—Sí, pero ¿qué conseguiremos con ello?

—A mi jefe puede interesarle.

—Ah, Van Clyschen.

—El mismo.

Potter sacó cigarrillos y encendió dos, pasándole uno a la chica. De vez en cuando se turnaban en la observación de la casa.

A mediodía, los ocupantes salieron a la terraza a tomar el aperitivo, que sirvió Tolliver con singular pericia.

—Claro, está acostumbrado —dijo Dolly, después de contemplar la escena.

—Sí, es un papel ideal para él —murmuró Potter.

Un par de horas más tarde, apreciando que todo seguía con plena normalidad en Six Oaks, decidió iniciar la retirada al hotel.

—Regresaremos después de la cena, pero sin prisas, a fin de llegar cuando estén dormidos —dijo.

—¿Y qué haremos una vez dentro de la casa?

—Prevenir a Elton de lo que puede sucederle —respondió él.

—¿Y si resulta que Elton forma parte de la banda?

Potter se mordió los labios. Era una posibilidad con la que no había contado.

—De todas formas, no nos conoce personalmente y no tenemos por qué darle nuestros nombres —respondió.

—Está bien —aprobo la muchacha.

Cuando llegaron al hotel, Dolly manifestó que iba a pasarse una hora seguida en la bañera. Potter dijo que haría lo mismo, pero, en el momento en que pasaban por delante de la recepción, el empleado llamó su atención.

—¿Señor Potter?

—¿Sí?

—Tengo un mensaje para usted. Me lo ha dado por teléfono el teniente Sinclair y me ha encargado el máximo de discreción.

—Bien, ¿de qué se trata?

El empleado miró a derecha e izquierda y luego, adelantando el torso a través del mostrador y en voz muy baja, dijo:

—Tuck Evans ha sido encontrado muerto. Envenenado con cianuro. El teniente Sinclair dijo que usted lo entendería... Señor, ¿era familiar suyo el difunto?

Potter no pudo disimular la fuerte impresión que le causaba la noticia. Hizo un esfuerzo y contestó:

—No, simplemente conocido.

—Lo siento tantísimo, señor...

—No se preocupe. Muchas gracias y... tenga en cuenta la recomendación del teniente Sinclair.

—Por supuesto, señor Potter. Le aseguro que nadie sabe nada, excepto usted y yo. —Así será mejor para todos. Muchas gracias otra vez.

Potter se reunió con la muchacha, que aparecía muy intrigada por el sigiloso conciliábulo que había presenciado, sin que alcanzara a escuchar las palabras intercambiadas entre Potter y el recepcionista.

—¿Qué sucede, Ben? —preguntó.

—Algunos asesinos profesionales cobran en cianuro, en lugar de cobrar en buenos billetes de Banco —respondió el interpelado.

* * *

El hombre a quien Lafe Elton conocía como Amos Jeffries, puso delante de su invitado una serie de papeles y le invitó a que los leyera.

Elton se arrellanó en su sillón e inició la lectura. Un poco más allá, la señora Jeffries, evidentemente incómoda dentro de su faja,

se agitaba de vez en cuando en su sillón, mientras fumaba un cigarrillo situado al extremo de una larga boquilla de color negro.

Jeffries sacó un cigarro y lo encendió placenteramente.

Pasados unos minutos, Elton se irguió en su asiento, rojo de cólera.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Se han pensado que soy estúpido? ¿Green que puedo vender lo que vale y produce medio millón limpio al año por una miseria?

—Mi querido Lafe —dijo Jeffries cortésmente—, temo que no ha completado la lectura de todos los documentos. O quizá me he olvidado yo del más importante...

Había un portafolios sobre la mesa y extrajo de él una cuartilla mecanografiada que entregó al sujeto.

—Sí, es verdad —sonrió—. Lo había olvidado... Lea, lea, por favor.

Elton le arrebató el papel de un manotazo. Antes de que hubiera transcurrido un minuto, tenía la cara completamente gris.

—¿Cómo lo han sabido? —preguntó.

—Tenemos buenas fuentes de información —contestó Jeffries, impávido—. Y, créame, Si no hace lo que le pe —dimos, ese papel irá mañana a la policía y lo perderá todo.

Elton lanzó un horrible juramento.

—Pero ¿qué garantía tengo yo de que luego no lo usarán contra mí? —exclamó.

—Mi querido Lafe, de usted sólo nos interesa una cosa —sonrió Jeffries—. Conseguida ésta, no tenemos el menor interés en su persona y en sus actividades. Es joven todavía, emprendedor, inteligente... y puede iniciar otro negocio en cualquier parte. Pero si no hace lo que le decimos, no podrá emprender un nuevo negocio en ninguna parte.

—Cinco mil dólares... —barbotó Elton—. Cinco mil dólares por lo que vale cien veces más...

—Le ofrecemos algo infinitamente más valioso: la libertad. ¿O prefiere una sentencia de cadena perpetua en Sing-Sing?

Los dientes de Elton crujieron. Sus manos se movieron convulsivamente durante unos segundos. Luego emitió un ronco gruñido:

—Una pluma.

Jeffries sonrió placenteramente y puso la pluma en la mano de su invitado. Elton firmó de inmediato y luego arrojó la pluma contra la pared opuesta.

—Perfectamente —dijo Jeffries—. Ahora, vamos a celebrar el feliz acontecimiento con una copa. Querida, llama al mayordomo, por favor.

—Sí, cariño —contestó la mujer.

Tolliver apareció a los pocos momentos con una botella y tres copas. Destapó la botella con eficiencia profesional, llenó las copas y se retiró tras una inclinación de cabeza.

—¿Lafe? —dijo Jeffries.

Elton agarró su copa y la vació de un trago, cuando los otros dos no habían tocado siquiera las suyas con las puntas de los dedos.

—Denme otro trago —gruñó—. Tengo que emborracharme, para no pensar en la asquerosa jugarreta que me han hecho.

—Oh, sí, por supuesto, no faltaría más.

Jeffries llenó la copa y Elton volvió a beber. De pronto, hizo una mueca.

—¿Qué diablos tiene este hediondo *whisky*? —exclamó—. Parece que le hayan puesto desinfectante...

—Hemos puesto cianuro.

Un profundo silencio gravitó súbitamente sobre la estancia.

—Están bromeando —dijo Elton, pasados unos segundos.

—No bromeamos, Lafe.

De repente, Elton se llevó las manos al estómago.

—Cochinos hijos de... puta... Esto es... un asesinato...

—Exactamente, amigo mío.

Elton dio un pequeño salto en su asiento. De pronto, torció la boca, bizqueó un poco y cayó de costado sobre la alfombra.

La mujer se puso en pie, sosteniendo la boquilla con la mano, mientras contemplaba con ojos críticos el cuerpo que se movía cada vez menos.

—Espero que sea el último —murmuró.

—Sí, éste es el último —confirmó su esposo.

CAPÍTULO XI

Después de la cena, Potter y Dolly pasaron a un salón, en donde se entretuvieron durante un rato, contemplando un programa de televisión. Alrededor de las nueve de la noche, subieron a sus habitaciones y se cambiaron de ropa.

Poco después, emprendían la marcha hacia Six Oaks, pero ahora, en lugar de caminar a campo traviesa, lo hicieron por la carretera, iluminada por la luna llena. Mientras caminaban, Dolly quiso saber por qué Evans había tenido que morir asesinado.

—Es bien sencillo: no debía revelar el nombre de la persona que le pagó por matarme —contestó el joven.

—Pero los asesinos profesionales... Bueno, yo no he tenido jamás relación con ninguno de ellos, como puedes imaginarte. Sin embargo, supongo que son una gente muy discreta, que no revela jamás el nombre de la persona que contrata sus «servicios»...

—Ordinariamente, así suele suceder —dijo Potter—. Pero hay ocasiones, y puede que ésta sea una de ellas, en que el contratante estima que lo mejor para su seguridad, es el silencio. También cabe otra posibilidad, y es que se enterase del error cometido por Evans.

—Quizá sea como dices —convino la muchacha—. De todos modos, yo no tengo la menor idea de los motivos por los cuales quisieron asesinarte.

—Yo tampoco, y eso es lo que más me extraña, Dolly.

—¿Algún enemigo?

Potter hizo una mueca.

—Si lo tengo, no le creo tan rencoroso como para desear mi muerte. Y menos aún, para gastarse los miles de dólares que cuesta un asesino a sueldo. De todos modos, me interesa más por ahora lo que sucede en Six Oaks.

—Espero que lleguemos a tiempo, Ben.

—Yo también. A fin de cuentas, aún estamos a viernes. De ocurrir algo, sucederá mañana y eso nos permitirá hablar con Elton y averiguar si forma o no parte de la banda. —Supongamos que es cómplice. ¿Qué harás en tal caso?

Potter sonrió.

—Salir poniendo pies en polvorosa y ponerme en contacto con el teniente Sinclair —contestó.

—Ben, el señor Van Clyschen te pidió informes sobre Elton. ¿No crees que si hablas con éste puedes traicionar a tu jefe?

—Creo que aprobará mi actitud. En todo caso, siempre tendré más detalles para comunicarle.

—Esperemos que tengas razón —suspiró ella.

La marcha por la carretera resultó más cómoda y rápida que a través de las colinas.

Cerca de las once, avistaron la silueta de la casa.

Potter se acercó a la reja y escrutó unos momentos el interior de la posesión.

—Temprano se han retirado a descansar —murmuró.

—Seguramente, quieren dar a Elton la impresión de que son personas amantes de la paz y del descanso en los fines de semana —apuntó Dolly.

—Es probable —convino él—. ¿Tienes miedo? —La tuteó repentinamente.

—Un poco..., pero también tengo buenas piernas, si se trata de echar a correr.

Potter soltó una risita. Luego agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia el otro lado de la tapia, donde estaba la brecha que les permitiría entrar en la propiedad, sin hacer el menor esfuerzo ni dar señales de su presencia.

* * *

Cuando Tolliver vio el cadáver, sintió primero unas náuseas horribles, que le hicieron correr al cuarto de baño más cercano. Luego, el sentimiento de asco fue sustituido por el de miedo, mezclado con una cólera irreprímible.

—¡Tú no me dijiste que se iba a cometer un crimen! —vociferó,

al encontrarse con Mabel, a la que él seguía conociendo bajo el nombre de Helen Pryor—. Sólo hablaste de «desplumar» a un «primo»...

—Se puso terco —respondió ella fríamente.

—Y hubo que liquidarlo, ¿verdad?

—Por desgracia para él... y por suerte para nosotros, claro. No podíamos permitir que destapase el pastel.

—Helen, yo no estoy de acuerdo con lo que habéis hecho. Ahora mismo me marcharé...

—¿De veras? —Ella sonrió malignamente—. Cariño, te uniste a nosotros, porque no tenías un centavo y estabas ya completamente desacreditado, lo que te impedía ejercer tus dotes de seducción entre las mujeres ricas y ociosas. Pero me parece que el susto que has recibido te ha hecho olvidar un detalle muy importante.

—¿Sí? ¿Cuál es? Porque, si mal no recuerdo, yo no he puesto el veneno en el *whisky*...

—Ése es precisamente el detalle, cariño: tú serviste el licor y en la botella sólo están tus huellas dactilares.

Y aunque las borrasas, ¿quién te libraría de la acusación de complicidad, si esto llegara a saberse? Eres tan culpable como nosotros y tienes que seguir adelante, tanto si te gusta como si no. ¿Lo has entendido?

Tolliver miró horrorizado a la hermosa mujer que tenía ante sí y a la que no habría creído capaz de hablar de una forma tan monstruosa. Durante algunos segundos, se negó a creer en la realidad, pero sus esperanzas de hallarse bajo el influjo de una pesadilla, de la que muy pronto iba despertar, se disiparon al oír la voz de Jeffries en la puerta:

—¡Vamos, es preciso que nos demos prisa! Tenemos que salir de aquí lo más pronto posible. Bill, no te quedes ahí parado como un tonto; hay dos palas preparadas.

—Además, eso —dijo Tolliver.

La mujer sonrió con lo que le pareció la dulzura del demonio.

—Este trabajito te va a proporcionar mucho dinero, además de un empleo seguro, estable y con un buen sueldo —dijo—. Además, Elton era un asesino. No sientas remordimientos por él, no se lo merecía.

Mabel dio media vuelta y salió de la estancia. Fuera aguardaba

Jeffries.

—Ese chico no me gusta —dijo ella en voz baja—. Creo que me equivoqué con él...

—Yo sé corregir ciertas equivocaciones —contestó el hombre con siniestro acento.

Mientras cavaban la fosa, en un lugar del jardín, situado en la parte posterior de la propiedad, Tolliver creía ser protagonista de una película terrorífica. El cuerpo envuelto en una manta, a un lado, la luna, derramando una tétrica claridad sobre el lugar... Cuando terminase, se prometió a sí mismo, agarraría una botella y bebería hasta caer redondo...

Al cabo de un par de horas de incesante labor, que le dejó rendido y exhausto, Jeffries dio la orden de alto. Tolliver se enderezó, limpiándose el sudor con el antebrazo. La botella de *whisky*, se dijo, estaba cada vez más cercana.

Jeffries salió de la fosa antes que él. Luego, Tolliver apoyó ambas manos en el borde de la sepultura y tomó impulso, para saltar al exterior. En el mismo instante, vio a Jeffries que enarbolaba un grueso palo.

—¡No!

Fue lo último que dijo. El palo rompió su frente, con tétrico chasquido. Tolliver cayó de espaldas en el fondo de la tumba y quedó con los ojos muy abiertos. Ya no sintió siquiera el golpe del cuerpo de Elton que caía sobre el suyo.

Luego, Jeffries empezó a manejar la pala con furia. Displicente, su esposa arrojó el palo ensangrentado a la tumba.

* * *

Potter y Dolly, llegaron sigilosamente a la puerta principal y el primero tanteó el pomo, hallando con no poca satisfacción que la llave no había sido utilizada. Entonces sacó del bolsillo una pequeña linterna que había llevado consigo, la encendió y enfocó el haz de rayos luminosos hacia el suelo.

Dolly le siguió pisando de puntillas. Potter abrió la primera puerta que encontró y paseó la luz por el interior de la estancia. Era un comedor y estaba vacío.

Al otro lado había una segunda puerta. En medio de un

profundísimo silencio, cruzaron el vestíbulo y pasaron a la otra pieza, que era salón y biblioteca al mismo tiempo. Encima de una gran mesa, Potter divisó una cartera de ejecutivo.

—Vamos a ver qué papeles hay en la cartera —dijo, a la vez que entregaba la linterna a la muchacha.

Dolly le alumbró mientras él revisaba los documentos. De pronto, encontró uno que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¿Qué es, Ben? —preguntó ella.

—Vaya, parece que Elton se retira de los negocios —dijo Potter.

—¿Cómo?

—Esto es un contrato de venta del Silver Seagull y está firmado por él. El nombre del comprador, sin embargo, está en blanco.

—Quizá Rosenthal y los otros son simples agentes de alguien que quiere el negocio, ¿no crees?

—Es probable... Ah, el contrato lleva fecha de ayer.

—Lo habrá exigido así el comprador, supongo.

—Es posible.

Potter meditó unos segundos, vio que había dos copias del contrato y después de doblar una en cuatro pliegues, la guardó en el interior de la cazadora. Había unos miles de dólares en billetes, pero respetó el dinero.

—¿Por qué te guardas el contrato? —preguntó ella.

—Se lo enseñaré a Van Clyschen. Creo que le interesará.

La cartera quedó en la misma situación. Potter recobró la linterna y se dirigió hacia la puerta.

—El dormitorio de Elton debe de estar en el primer piso —susurró—. Por lo que más quieras, no hagas el menor ruido.

—Descuida, Ben.

Paso a paso, subieron la escalera que conducía al primer piso. Potter abrió un par de puertas, encontrando sendos dormitorios vacíos. Un tanto extrañado, se dispuso a abrir la tercera puerta.

—¿Se habrán marchado ya?

—Creo que he visto un coche al otro lado de la casa —dijo Dolly.

—Bueno, aquí hay habitaciones para un batallón de soldados...

Aquella ventana estaba abierta y Potter creyó oír ruido de voces en el exterior. Apuntando siempre con la linterna hacia abajo, cruzó

la estancia y alcanzó la ventana.

Dolly le seguía como su sombra. Potter miró hacia el jardín y vio algo que le heló la sangre en las venas.

Ella también lo vio y todo su cuerpo fue recorrido por una fortísima convulsión. Potter tuvo la serenidad suficiente para volverse y taparle la boca con la mano, a la vez que la empujaba hacia el interior de la estancia.

—No grites, no grites... —susurró.

Ella tenía los ojos muy abiertos, apreció el joven. Dolly pensó que jamás olvidaría aquella horrible escena, el hombre con la pala, apisonando la tierra en el lugar en donde era fácil imaginarse yacía el cadáver de una persona.

—Ya basta, Ted —sonó de pronto una voz femenina—. Cuando antes nos marchemos, será mejor para todos.

—Sí, eso es cierto —añadió la otra mujer—. Total, no hemos de volver aquí nunca...

Dolly retiró con la suya la mano que le tapaba la boca.

—Pueden subir aquí —susurró.

Potter asintió. Paseó la mirada a su alrededor y decidió finalmente que el armario no era buen lugar para esconderse. Las voces de los asesinos sonaban cada vez más próximas.

—Debajo de la cama —indicó.

Dolly no se lo hizo repetir dos veces. Potter se tendió en el suelo y se deslizó suavemente hasta quedar ocultos bajo el enorme lecho, cuyas ropas llegaban hasta el suelo.

Durante un buen rato, oyeron ruidos de personas que iban y venían y de puertas que se abrían y cerraban. Dolly permaneció todo el tiempo con los nervios en tensión, esperando ver irrumpir en la habitación a alguno de los componentes del trío. Pero, de súbito, percibieron el tranquilizador sonido de dos automóviles que arrancaban sucesivamente.

—Uno de ellos debe de ser el de Elton —dijo Potter.

Para mayor precaución, dejaron pasar todavía un largo cuarto de hora. Luego, Potter salió de su escondite y tendió la mano a la muchacha.

—Hemos de llamar a la policía —dijo ella.

—Por supuesto.

Un rápido recorrido por la casa, les convenció de que eran sus

únicos ocupantes. Pero también les hizo saber algo muy desagradable.

—¡El teléfono está cortado! —exclamó Potter, después de unas cuantas pruebas, que no dieron el menor resultado.

—Tendremos que llamar desde el hotel, ¿no?

Potter consultó su reloj.

—Y son más de las doce y media, una hora muy poco conveniente para despertar al teniente Sinclair...

—Ben, esto pertenece a otra policía —advirtió ella.

—Lo sé, pero quiero que lo sepa Sinclair antes que nadie. De este modo, podremos evitarnos muchos inconvenientes. Y él sabrá cómo ponerse en contacto con la policía de Stroughboro.

Ahora ya podían marcharse sin riesgo alguno. Cuando salían de la casa, Dolly le hizo una pregunta:

—Ben, ¿quién ha organizado esta serie de crímenes monstruosos?

Potter hizo un gesto con la cabeza.

—Empiezo a sospechar de cierto personaje..., pero no podré confirmarlo hasta mañana —contestó.

—¿Irás a verlo?

—Sí, iré a verlo.

CAPÍTULO XII

Con gesto lleno de satisfacción, Rosenthal dejó el portafolios sobre la mesa y miró sonriendo al dueño de la casa.

—El Silver Seagull es suyo —dijo.

Jermyn van Clyschen abrió una caja de cigarros y la alargó hacia su visitante. Las dos mujeres permanecían sentadas en sendos butacones frente a la mesa y Van Clyschen, cortés, les ofreció cigarrillos.

—Bien —dijo Van Clyschen, después de que hubo aspirado unas bocanadas del aromático humo del habano—, creo que ahora, durante una buena temporada, vamos a pasar a la inactividad. Es preciso «digerir» los banquetes de los últimos meses y dejar que las aguas se remansen un poco. En resumen, nos tomaremos una buena temporada de vacaciones.

—Creo que eso nos conviene a todos —sonrió Dina Rosenthal.

—Estoy deseando hacer un viaje de placer por Europa —confesó Mabel.

—Todos podrán relajarse ahora de la tensión y disfrutar verdaderamente de la vida —sonrió Van Clyschen—. Y, a propósito, observo que falta el cuarto miembro del equipo.

—Sufrió un colapso —dijo Rosenthal.

—Admito que me equivoqué con él —declaró Mabel.

—Pero... habrán corregido el error, supongo.

—Ha sido reparado de una forma tal, que nadie lo advertirá. Salvo el propio interesado y ya no puede protestar —añadió Dina.

—¡Bravo! Me gustan las personas con iniciativa. Sin embargo, creo conveniente iniciar, con tiempo, sin prisas y de una forma absolutamente segura, la búsqueda del nuevo mayordomo. —Van Clyschen suspiró—. Jenkins era el hombre ideal, pero, en los

últimos tiempos, sus pretensiones se habían hecho exorbitantes y, lógicamente, inaceptables.

—Sí, fue una lástima, pero no había más remedio que hacerlo —dijo Rosenthal.

—Por cierto —exclamó el anfitrión—, ¿tienen ya ideada su nueva identidad?

—Nosotros seremos, a partir de ahora, el señor y la señora Palmer, John y Mary —contestó Rosenthal.

Van Clyschen volvió la vista hacia la otra.

—¿Señora Orville?

—El nombre de Rosemary siempre me ha gustado mucho —respondió la interpelada sonriendo—. Rosemary O'Bannon.

¿Le parece bien?

—Si se tiñe el pelo de rojo y añade algunas pecas, parecerá una irlandesa de pura raza —exclamó Van Clyschen riendo—. Y ahora, ¿qué les parecería si, para celebrar el principio de las «vacaciones», tomamos una copa? Tengo un coñac exquisito, que parece ambrosía de los dioses...

—Venga esa copa —exclamó Rosenthal alegremente.

—Señor Van Clyschen, para mí, es un poco pronto para el coñac —dijo Mabel—. Si no le importa un poco de oporto...

—Oh, sí, claro, oporto, no faltaría más.

El dueño de la casa fue hacia el aparador de los licores y empezó a llenar las copas. Entregó dos de coñac a los Rosenthal, volvió al aparador, puso oporto en la de Mabel y llenó una tercera de coñac para él.

Después levantó su copa:

—¡Buenas vacaciones, amigos! —exclamó.

Rosenthal chasqueó la lengua, después de vaciar su copa de un trago.

—¡Buen coñac! —elogió.

—¿Quiere repetir, amigo mío? —sugirió Van Clyschen rebosante de amabilidad—. Si no tiene inconveniente...

—Tengo coñac de sobra —rió el anfitrión, mientras volvía a llenar la copa de Rosenthal.

Mabel vació la copa de oporto.

—Muy bueno —dijo—. Ligeramente amargo, me parece...

—Es un oporto especial —explicó Van Clyschen—. El fabricante le añade unas hierbas que, después de la maceración, dan un poco más de cuerpo al vino y le restan un punto de dulzor, evitando así la empalagosidad del vino.

Dina soltó una risita.

—Aquí no hay cianuro —dijo.

—Oh, no, en absoluto —contestó Van Clyschen—. Hay digitalina.

Tres pares de ojos le miraron simultáneamente con horrible fijeza. Van Clyschen sonrió.

—La digitalina, en dosis adecuadas, es una magnífica medicina para el corazón. En dosis elevadas, resulta fatal... y en el coñac y en el oporto había la suficiente para matar a cuatro caballos.

Rosenthal se puso en pie convulsivamente.

—¡Pero usted también va a morir! ¡Ha bebido coñac! —gritó.

—De otra botella no manipulada, amigo mío —contestó Van Clyschen placenteramente.

Mabel se hundió en la butaca. El corazón le dolía horriblemente. Parecía que se lo estuviesen traspasando con docenas de agujas al rojo vivo. Dina gritaba roncamente. Su esposo cayó fulminado de manera repentina.

Van Clyschen aguardó todavía algunos minutos. Luego, tranquilamente, abandonó el salón y subió a su dormitorio. Entró en el baño, abrió una caja y sacó de ella una peluca rubia, de cabellos cortos y ásperos, que colocó ajustadamente en su cráneo. Luego añadió unas patillas no demasiado largas y un bigote del mismo color, grande, frondoso, finalizando con dos trozos de pasta que colocó entre las encías y las mejillas, lo que hizo desaparecer la ligera prominencia de sus pómulos. Al terminar, se miró satisfecho al espejo.

—No me reconocería ni mi padre —murmuró.

Abandonó el baño y, de la mesilla de noche extrajo un revólver de cañón corto, que metió en la pretina del pantalón. Finalmente, se abrochó la chaqueta y tomó un maletín pequeño, pero muy pesado, encaminándose inmediatamente hacia la salida.

Cuando llegaba al vestíbulo, se encontró con un hombre.

—¿Qué desea, señor? —preguntó cortésmente.

—Busco al señor Van Clyschen —manifestó Potter.

—Lo siento, señor; el señor Van Clyschen se encuentra ahora ausente de la casa y no sé cuándo volverá.

—¿Quién es usted?

—Wesley, el mayordomo, señor. El señor Van Clyschen va a estar unos días fuera y me concedió permiso para que fuera a visitar a mi anciana madre, que está algo delicada de salud.

—La última vez que estuve, el mayordomo se llamaba Dickson —dijo Potter.

—Dickson se despidió y el señor Van Clyschen tuvo la amabilidad de contratarme.

—¿Con las patillas torcidas?

Hubo una ligera crispación en los músculos de la cara de Van Clyschen. El instinto le hizo tocarse la patilla izquierda con la mano.

* * *

Durante unos segundos, hubo un silencio glacial. Los dos hombres se contemplaban con recíproca fijeza. Al fin, Van Clyschen se echó a reír.

—Es usted muy observador, amigo mío —dijo—. Me ha hecho picar como un incauto..., pero no tengo ninguna patilla torcida. Ha captado otro detalle, seguro.

—Sí —admitió Potter.

—¿Puedo saber cuál es el detalle que he olvidado?

—Su cara. Un mayordomo no ofrece jamás un rostro tostado, moreno... a menos que su piel lo sea, por raza. Pero usted tiene los ojos azules y el color tostado de su cara se debe al sol y a la lámpara de cuarzo. Un mayordomo consciente no puede entretenerse en tomar baños de sol, ya sea natural o artificial; sus deberes se lo impedirán...

—Pero, además, ha venido aquí porque ha llegado a conocer la verdad —añadió Van Clyschen.

—Es cierto.

—Lo hice todo muy bien. No entiendo cómo pudo usted llegar a determinadas conclusiones...

—Fue anoche, cuando vi enterrar a Elton.

Van Clyschen respingó.

—¡Esos estúpidos! —barbotó—. ¿Cómo no le vieron a usted?

—Six Oaks tiene una brecha en la tapia y carece de sistemas de alarma. Como todas las mansiones que alquilaban, o quizá ocupaban sin conocimiento de sus dueños, caso de Los Alerces, estaba un tanto descuidada y ninguna de ellas tenía perros de guarda, que podían dar la alarma' con

sus ladridos. Para los pocos días que iban a estar, los perros no les convenían, ya que no tenían tiempo de familiarizarse con ellos y evitar reacciones hostiles de los animales. Por tanto, anoche entré en Six Oaks...

—Pero usted no sabía que ellos iban a estar en esa casa.

—Alguien cometió la imprudencia de proponer a una amiga mía el empleo de señorita de compañía de una tal señora Endicott, y ello fue después de que un individuo llamado Rosenthal, aunque hábilmente disfrazado, visitara el bufete de una importante firma de abogados en donde ella trabaja. Esa amiga mía había estado empleada como doncella por cuarenta y ocho horas en Los Alerces, lugar al cual yo llegué unos cuantos meses atrás, por haber equivocado el camino, y en el que se encontró el cadáver de Irving Macomber. No irá a decirme que ya entonces ignoraba la muerte de Macomber.

—Fue algo que hicieron mis subordinados sin consultarme y, por supuesto, sin informarme. Pero ¿por qué querían contratar a su amiga?

—Para eliminarla —respondió el joven sin ambages—. No podían ofrecerle el puesto de doncella, como entonces, porque ahora ya tenía un empleo. Debían emplear un señuelo de más clase, pero ella, por mi consejo, rechazó la oferta, mejor dicho, la dejó sin contestación, y entonces fue cuando se me ocurrió visitar Six Oaks y supe que era una mansión deshabitada. Yo acababa de entregarle a usted los informes sobre Elton y tenía tiempo libre. Por eso fui a Six Oaks.

—Y vio que no había ninguna anciana impedida...

—Y vimos, porque ella vino conmigo, a Elton, llegar a Six Oaks, pero pensamos que no lo matarían tan pronto.

—¡Qué imprudentes, qué imprudentes! —murmuró Van Clyschen.

—Sí, lo fueron. Pero debo añadir que mi amiga y yo estuvimos en la casa, que ya creíamos abandonada, como en anteriores ocasiones. Entonces fue cuando vimos a sus cómplices terminando de llenar una tumba. Y aún llegamos a saber más.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Lentamente, Potter metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo un documento que desplegó ante los ojos de su interlocutor.

—El Silver Seagull es ya suyo —dijo—. Sólo falta añadir su nombre y se convertirá en el dueño de un negocio que rinde medio millón al año.

—¡Estúpidos! ¿Cómo dejaron que usted se llevara ese documento?

—Estaba en el portafolios y yo me apoderé de él, mientras enterraban a Elton. Supongo que se marcharían de Six Oaks sin revisar siquiera la cartera.

—A pesar de todo, mi nombre no aparece en esa escritura. ¿Cómo pudo sospechar de mí? —preguntó Van Clyschen.

—Precisamente por eso mismo, porque no había ningún nombre en el lugar del comprador. Si se hubiera tratado de una operación legal, no había motivos para dejar ese renglón en blanco. Y como usted me había encomendado solicitar informes de Elton...

—Quizá no debí haberle contratado a usted, Ben. Pero me pareció vivo, inteligente, activo, perspicaz...

—Y, sobre todo, necesitaba a un hombre neutral, que no pudiera infundir sospechas en ninguna parte.

—Eso sí es verdad —admitió el asesino.

—Supongo que hizo matar a Stockton, porque le estorbaba o para apoderarse de su fortuna...

—Doscientos cincuenta mil dólares —dijo Van Clyschen sin pestañear—. Yo planeaba los golpes y ellos los ejecutaban.

—Lo cual significa que no era el importante hombre de negocios que todos creían.

Van Clyschen se echó a reír, a la vez que movía en semicírculo la mano derecha.

—La gente es absurdamente crédula. Una mansión lujosa, alquilada, por supuesto, unos criados, que ya han sido despedidos, fiestas, bebidas de clase... Hasta usted llegó a creérselo, ¿no es

cierto?

—Sí, porque no tenía motivos para dudar de su personalidad. Por cierto, ¿qué pasó con Jenkins?

—El pobre —suspiró Van Clyschen—. Se creyó alguien y tuvimos que liquidarlo. No hubo otro remedio que hacerlo, porque se presentó en mi casa inopinadamente, con demasiadas exigencias...

—Y lo escondieron en un armario, ¿verdad? ¿Dónde está enterrado?

—El sótano es un buen lugar para cementerio privado —contestó Van Clyschen cínicamente—. Pero, usted, ¿cómo pudo escapar de Evans?

—Por mi buena suerte, ya que Evans se confundió con un ladrón que había entrado dispuesto a saquear mi apartamento. Luego, usted, sin embargo, lo asesinó para evitar que pudiera delatarle algún día. Sin embargo, no comprendo por qué contrató mi asesinato.

—Ya le dije que me había dado cuenta de que en demasiado perspicaz. Los hechos me han dado la razón. —Sí—. Potter suspiró. —Lástima de empleo; era un buen sueldo y yo estaba muy contento con usted... Por cierto, ¿qué ha sido de sus compinches?

—Han salido de viaje.

Potter fijó la vista en el maletín.

—Usted también se marcha —adivinó—. ¿Hay mucho dinero?

—Unos doscientos mil. Ahora estaré fuera una temporada... Por supuesto, el Silver Seagull seguirá marchando sin su dueño, hasta que aparezca yo de nuevo.

Con otro nombre, por supuesto; para eso hay un renglón en blanco en la escritura de compra.

—Sí, y adquirirá respetabilidad y reputación de persona seria y responsable... Bueno, eso es lo que debiera suceder, pero no sucederá.

—¿Me lo impedirá usted? —preguntó Van Clyschen burlonamente, a la vez que sacaba el revólver.

—¿Piensa hacer lo que no consiguió Evans?

—Exactamente, Ben Potter.

De súbito, se oyó una fuerte voz:

—¡Tire esa pistola!

Van Clyschen se volvió y alargó la mano hacia el recién llegado. Sinclair hizo fuego y el asesino se desplomó, con el hombro izquierdo atravesado por el proyectil.

Sinclair se acercó a él, pegó una patada al arma y le miró con expresión de reproche.

—Había llegado a ser amigo suyo —dijo.

Entraron más policías en la casa. Dos de ellos se llevaron al asesino. Sinclair se encaró con Potter.

—En la tumba donde estaba Elton había otro cadáver: el de Bill Tolliver —informó.

Potter respingó de sorpresa. Luego meneó la cabeza. —Tenía una ambición sin límites y un absoluto desprecio por la vida de los demás— murmuró.

—Sí, es cierto —convino Sinclair—. Pero ¿dónde estarán los otros?

De pronto, un policía agitó la mano:

—Teniente, venga —llamó—. Esto parece un matadero...

Potter y Sinclair corrieron hacia la puerta que el agente mantenía abierta. El joven retrocedió casi instantáneamente, horrorizado por el macabro espectáculo que se ofrecía a la vista de todos los presentes.

Sinclair inspiró con fuerza.

—Bien, ahora ya sabemos dónde están los otros... y también sabemos lo que le espera a Van Clyschen —exclamó.

Potter dio media vuelta. Lo que le aguardaba a él era muy distinto y mucho más agradable.

Salió de la casa. Dolly estaba en la explanada, muy pálida, y sonrió al verle.

—¿Qué hacemos ahora, Ben? —preguntó, a la vez que se colgaba de su brazo.

—Planes para el porvenir, si no tienes inconveniente —sonrió él.

—Ninguno. ¿Por dónde empezamos?

—Por una proposición de matrimonio. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, querido —respondió la muchacha.



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.